

ASPECTOS MILITARES DE LA GUERRA CIVIL DE LOS SIETE AÑOS EN CATALUÑA (1833-1840)

Manuel SANTIRSO RODRÍGUEZ¹

RESUMEN

Aunque la guerra civil carlista de 1833-1840 en Cataluña formó parte del conflicto general en España, presentó algunos rasgos propios, debidos a las particularidades políticas, administrativas y geográficas del territorio. En el bando carlista, predominó siempre la guerra de guerrillas, incluso a partir de 1837, cuando existió un territorio dominado de forma estable, así como un centro político y una jefatura militar bien definidos. Frente a ello, el bando isabelino ensayó varias estrategias contrainsurgentes, con mejor o peor resultado, pero que siempre fueron innovadoras. Los intentos finales de una paz negociada no tuvieron éxito, y la victoria isabelina se produjo por la concentración de sus fuerzas en la ofensiva final.

PALABRAS CLAVE: Primera guerra civil carlista. Cataluña. España. Carlismo. Liberalismo. Guerra de guerrillas. Contrainsurgencia.

¹ Profesor titular del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona; director de la revista *Rubrica Contemporanea*. El presente estudio debe incluirse en la producción del GRECS, *Grup de Recerca en Guerra, Radicalisme Politic i Conflictic Social*.

ABSTRACT

Although the Carlist civil war of 1833-1840 in Catalonia was part of the general conflict in Spain, it presented some features of its own, due to the political, administrative and geographical particularities of the territory. On the Carlist side, guerrilla warfare always prevailed, even after 1837, when there was a stably dominated territory, as well as a clear political centre and a military leadership. As a reaction, the Elizabethan side tried several counterinsurgent strategies with better or worse results, but they were always innovative. Final attempts for a negotiated peace were unsuccessful, and the Elizabethan victory came from the concentration of their forces for the final offensive.

KEY WORDS: First Carlist civil war. Catalonia. Spain. Carlism. Liberalism. Guerrilla warfare. Counterinsurgency.

* * * * *

Algunas consideraciones previas

Como las palabras tienen dueño, me apresuro a justificar la etiqueta que he empleado en el título, lo que de paso servirá para fijar algunas premisas del estudio posterior. En efecto, aquella a la que hoy se suele llamar *primera guerra carlista* se conoció simplemente como *guerra civil* durante las décadas posteriores a su fin y careció de ordinal hasta que una nueva contienda en 1872-1876 obligó a adjudicárselo. Aunque ambas guerras se convirtieron entonces en *carlistas*, mantuvieron el rango de *civiles* hasta la de 1936-1939, que se lo quedó en exclusiva. Después, haber mantenido *carlistas* para sus predecesoras y haberles extirpado *civiles* ha tenido como consecuencia degradarlas e implantar en el imaginario colectivo la idea de que el siglo XIX español fue una anomalía histórica.

Sin embargo, lo primero que hay que retener de la guerra civil de 1833-1840 es justamente eso, su carácter de lucha total, bélica y revolucionaria, en línea con la experiencia europea y americana contemporánea. En aquellos años se dirimió con las armas nada menos que cuáles serían las reglas socioeconómicas y el sistema político que regirían en el país en adelante, hasta hoy incluso. Cuando los defensores de los supuestos derechos al trono del infante don Carlos se alzaron a su favor, lo que en verdad les

importaba era la permanencia del Antiguo Régimen y de la monarquía absoluta, mientras que muchos adeptos a Isabel II aceptaron que la hija del *rey felón* le sucediera solo porque ofrecía una posibilidad de cambio de la sociedad española en el sentido que se había apuntado en las Cortes de Cádiz y en el Trienio constitucional. No obstante, se hablará aquí de *bando isabelino*, y no de *bando liberal*, y no por mera simetría (habría que emplear entonces *bando absolutista* o *realista*), sino porque pocos de los que apostaron por la reina niña, en especial militares de carrera y altos funcionarios, profesaban un liberalismo que pronto se volvería hegemónico.

Esta naturaleza sociopolítica de la guerra civil española de 1833-1840 no debería impedir un análisis militar de ella. Muy al contrario: ¿acaso no escribió Clausewitz que «la guerra solo es una parte del tráfico político, y que por lo tanto no es algo autónomo»²? Así pues, no hay nada incorrecto en que la abundante historiografía existente haya prestado casi toda su atención a esa faceta –bastante menos a la social y a la económica³. Ha sucedido también con la omnipresente guerra civil de 1936-1939, pero en un caso y en el otro se han vuelto muy necesarias las reflexiones desde el punto de vista que propone este oportuno dossier.

Para formularlas, no basta con echar mano de las obras redactadas en el siglo XIX –sobre Cataluña, ante todo las de Eduardo Chao y Antonio Pirala⁴–, porque informan de una gran cantidad de hechos de armas, tanto nimios como relevantes, pero no contienen juicios generales ni evaluaciones como las que haría un estado mayor. Tras el eclipse de la historia contemporánea de España que sobrevino en la primera mitad del siglo XX, hubo que esperar a las décadas de 1980 y 1990 para que reviviera el interés por *las guerras de nuestros antepasados*, y aun así el componente estrictamente bélico quedó en segundo plano⁵. El signo de los tiempos explica la preponderancia de lo político y el

² Y no, como se suele citar sin contexto, «una continuación de la política por otros medios», como si de realidades separadas se tratase (*De la guerra*, ed. de Madrid, La Esfera de los Libros, con traducción de Fortea Gil, Carlos, p. 668).

³ Se encontrará una recapitulación en Santirso, Manuel: «Después de Tański. Historiografía de la guerra civil de los siete años», en Tański, Joseph: *El informe Tański y la guerra civil carlista de 1833-1840*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.

⁴ Respectivamente, *La guerra de Cataluña. Historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales: redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos*, Madrid, Imp. y Est. de Grabado de D. Baltasar González, 1847, e *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, III vols., ed. de Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891 [3ª].

⁵ Se cuentan entre las excepciones Bullón de Mendoza, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1992, y Urquijo Goitia, José Ramón: «Los sitios de Bilbao», en *Estudios históricos*, núm. III, 1994. Del último autor, resulta muy pertinente aquí la síntesis «Los escenarios bélicos. Las guerras carlistas», en Artola, Miguel (coord.): *Historia militar de España. IV Edad Contemporánea. I Siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.

desapego por lo militar en esa producción, un desequilibrio que parece resuelto en algunos trabajos posteriores⁶. Afortunadamente, las nuevas generaciones no se sienten condicionadas en este sentido, antes al contrario, manifiestan un creciente interés por la historia bélica y militar⁷.

Desde ese punto de vista, lo primero que hay que decir de la guerra de 1833-1840 es que se libró casi exclusivamente en tierra, a veces con frentes definidos y otras sin ellos, como cumple a toda guerra de guerrillas. Ésta aparece como la única forma de combate en Cataluña hasta 1837, y como la predominante hasta el fin de la contienda. Por eso la caballería intervino muy poco (¿para qué, en un territorio accidentado y con unidades dispersas?) y la artillería, únicamente de sitio, se quedó en anécdota, a veces chusca. Se trató, en fin, de una guerra *de alpargata*, porque se sustentó en interminables marchas de unos y otros infantes, ejecutores o víctimas de las acciones clásicas de la guerrilla: la emboscada, la sorpresa, la breve ocupación de lugares y la reunión-dispersión. No hubo batallas convencionales, con la única salvedad de la de Gra de junio de 1837; a otros choques se les concedió ese rango porque se juntaron varias partidas guerrilleras y/o la dotación isabelina fue numerosa, pero en ellos no se aplicaron las reglas académicas del arte de la guerra.

Por lo demás, el bando isabelino empleó en la contienda un armamento de lo más tradicional, y el carlista, uno rústico y precario, a menudo tomado al enemigo, sin que ningún lado aportase novedades tecnológicas. Tampoco se esperen alardes de atuendo como los que recogen algunas publicaciones de divulgación; no, los carlistas catalanes carecieron de uniforme y a los isabelinos les faltó muchas veces. La guerra civil de los siete años no resultó nada creativa a este respecto, como tampoco fue nueva la gran carga que soportó la población civil a consecuencia de extorsiones, cobros, secuestros, ejecuciones o levas: la Guerra Peninsular había patentado ese modelo hacía un cuarto de siglo.

Esa falta de originalidad armamentística y vestimentaria no le resta atractivo a lo que de nuevo Clausewitz bautizó como *guerra popular*⁸ y

⁶ Como Vinaixa Miró, Joan Ramon (2006): *Tortosa en la guerra dels Set Anys (1833-1840)*, Valls, Cossetània, 2006; Sauch Cruz, Núria: *Guerrillers i bàndols civils entre l'Ebre i el Maestrat: la formació d'un país carlista (1808-1844)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004, o la recentísima Posada Moreiras, Francisco Javier: «La guerra de los Siete Años (1833-1840): una historia militar», tesis doctoral, Universidad CEU San Pablo, 2021.

⁷ Al menos en parte, ha dejado de ser cierto lo que se lamentaba en Aspizúa, Jorge; Cachinero, Jorge, y Jensen, Geoffrey: «La Historia militar: una carencia intelectual en España», *Ayer*, n. 10, 1993.

⁸ «La guerra popular es en la cultivada Europa una manifestación del siglo XIX. Tiene sus adeptos y sus enemigos, los últimos ya se por motivos políticos –porque la consideran un medio revolucionario, un estado de anarquía declarado legal, que es tan peligroso para el orden social interior como el enemigo el exterior– o por motivos militares, porque creen que el éxito no se corresponde con la fuerza empleada» (Clausewitz: *De la guerra*, p. 510).

hoy hay quien llama *guerra asimétrica*. Muy al contrario, esos conflictos tan poco vistosos, y que tan poco gustan a los militares profesionales, se convirtieron en norma después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que guerras abiertas como la presente de Ucrania –sin embargo, no declarada como tal por el agresor– se han vuelto la excepción. Por eso, las *guerras irregulares*, *guerras pequeñas* o *guerras del tercer tipo* han suscitado un interés creciente entre los cultivadores de la nueva historia militar, aunque por su procedencia anglosajona mayoritaria han preferido ocuparse de luchas coloniales, propias o ajenas⁹. Tal vez la guerra civil de los siete años en general, y la de Cataluña en particular, encajaría más en la categoría de la *insurgencia*, tan común en América Latina, para la que existen menos estudios, la mayoría relativos a episodios recientes. A su vez, el estudio de la guerrilla y de la insurgencia ha conducido de forma natural al de los métodos ideados para doblegarlas, un campo de trabajo de enorme actualidad¹⁰ y en el que, como se irá viendo, las guerras civiles carlistas pueden ofrecer grandes enseñanzas.

Por último, importa saber que la atención de los contemporáneos y de las primeras obras decimonónicas se centró mucho en el teatro del Norte, el primero en definirse y el que comprometió más efectivos de ambos bandos. No obstante, los otros dos teatros principales, los del Centro o Maestrazgo y Cataluña, aquellos donde los carlistas lograron unos años más tarde la formación de un centro político y el dominio estable de algún territorio, son tan interesantes o más, entre otras cosas porque disipan el espejismo de que la guerra se libró en defensa de unos fueros que no existían en esas zonas. No hubo, pues, ni catalanismo ni precatalanismo que alentara en las filas catalanas del pretendiente, del mismo modo que el pequeño reino de don Carlos en el Norte no fue el embrión de un futuro Estado vasco. Por lo tanto, se expondrán aquí las líneas principales de la guerra *en* Cataluña más que la guerra *de* Cataluña, y sin olvidar sus conexiones con el resto del país y con el extranjero. En realidad, si por algo se distinguía el Principado en 1833 era porque ostentaba el récord español de levantamientos absolutistas: el anticonstitucional de 1822-1823, y el ultrarrealista de los agraviados o *malcontents* de 1827, el primero derrotado por los liberales a las órdenes de Espoz y Mina y el segundo reprimido por la propia monarquía absoluta.

⁹ Ocurre, por ejemplo, con una obra pionera: Rice, Edward: *Wars in the Third Kind. Conflict in Underdeveloped Countries*, Berkeley, University of California Press, 1990.

¹⁰ Se hallará un recorrido general en Porch, Douglas: *Counterinsurgency. Exposing the Myths of the New Way of War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. Dan la medida del interés por ese tipo de conflictos los 33 volúmenes editados de la revista *Small Wars & Insurgencies* (<https://www.tandfonline.com/journals/fswi20>).

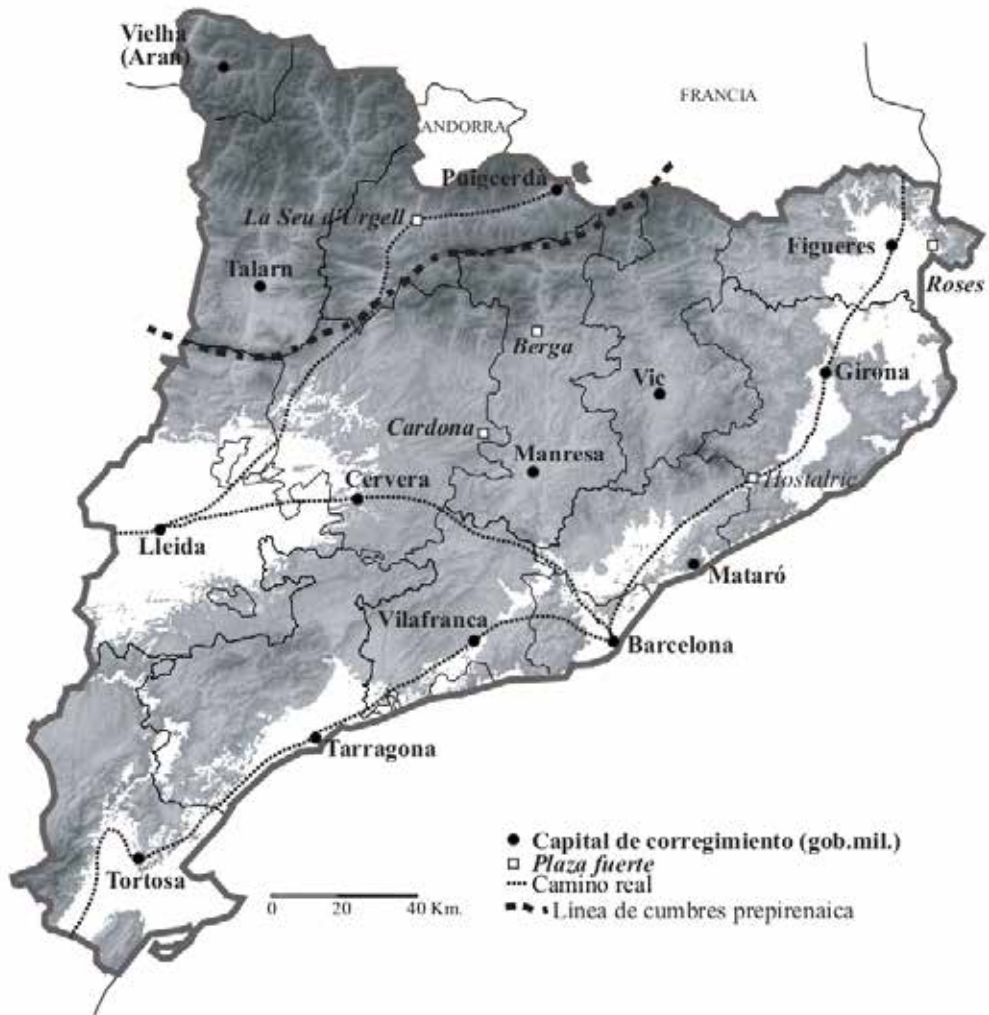
Rasgos generales

Cada uno de los teatros principales de la guerra civil de los siete años presentó características propias. En el que aquí se analiza, la más relevante fue su compacidad, territorial, política y administrativa, que a su vez comportó una permanente unidad del mando en el lado isabelino. Éste siempre descansó en el capitán general del Principado, a cuyas órdenes estuvieron todas las fuerzas a él destinadas, mientras que en otros teatros las capitánías se subordinaron a una jefatura de operaciones superior, antes (la de las Provincias Vascongadas y el Virreinato de Navarra a la comandancia del ejército del Norte) o después (las capitánías de Aragón y Valencia, a la del ejército del Centro).

El capitán general de Cataluña no acumuló poder solo por la guerra. No debe olvidarse que a la muerte de Fernando VII aún era la máxima autoridad en el Principado, donde retenía la suma y mezcla de funciones militares, administrativas y judiciales que le había concedido la Nueva Planta de 1716. Además, en tiempos de guerra se debilitaba el contrapeso de la Real Audiencia, con la que la Capitanía componía el *Real Acuerdo*. A mayor abundamiento, Cataluña era la provincia peninsular de la monarquía donde la administración presentaba un carácter más militar: a pesar de la ampliación y reforma de las alcaldías mayores de 1828, los catorce corregimientos (perfilados y señalados en el *Mapa 1*) seguían siendo de *capa y espada*, con titulares uniformados, y por eso muchos de ellos mantuvieron su potestad después de la división provincial de 1833¹¹. Si a ellos se les añaden los gobernadores de las otras cinco plazas fuertes (La Seu d'Urgell, Roses, Cardona, Berga y Hostalric), equivalentes en jerarquía, se obtiene una densidad de poder militar sin parangón en la España del momento. En otros términos, cualquier capitán general del Principado, con independencia de su orientación política, se convertía por serlo en un dictador *de facto*, y en parte así seguiría ocurriendo durante décadas, pese a la implantación del régimen liberal y de la división administrativa en provincias y partidos.

El ámbito de actuación del capitán general era el territorio histórico de Cataluña, un espacio que también presenta una fisonomía muy específica. Otra mirada al *Mapa 1* revelará que en buena medida ésta se construye sobre una dualidad montaña/llano o litoral que se articula de forma compleja. Ya durante el conflicto se habló de una guerra *en o de la montaña*, y aunque se sabe que una orografía difícil favorece a las guerrillas, los mapas de los

¹¹ Santirso, Manuel: «Los últimos corregidores y alcaldes mayores de Cataluña, 1823-1836», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 42, 2020, <http://dx.doi.org/10.5209/chco.71899>.



Mapa 1: Elementos geográficos y administrativos del teatro de Cataluña en 1833

siguientes apartados refutarán una lectura simplista. En ellos se verá que las comarcas pirenaicas (Pallars, Val d'Aran, Cerdanya, Alt Urgell) no formaron parte del territorio dominado por los carlistas, con la excepción de algún punto de cruce del alto Segre (Organyà y Oliana); muy al contrario, les fueron tan hostiles como el litoral o las áreas más densamente pobladas. En realidad, la delimitación del dominio carlista, informal o efectivo, se debió tanto a razones geográficas como bélicas, políticas y geopolíticas. Su espinazo recorre la cresta prepirenaica que va desde el Montsec al oeste –conectando con Aragón– hasta el valle de Núria al este –paso a y desde Francia–, a lo largo de la cadena de sierras de Comiols, Aubenç, Port del Comte, Cadí y Moixeró. El carlismo catalán se desplegó por la vertiente sur de esa línea de cumbres, un espacio poco poblado y peor comunicado, como se comprobará por las rutas de los caminos reales hacia Aragón, Valencia o Francia. Hoy le llamaríamos la *Cataluña vacía*.

Allí tuvo lugar la mayoría de los choques entre dos bandos que diferían mucho en organización y criterios marciales. Si comenzamos por el cuadro, es notorio que a la muerte de Fernando VII, la mayor parte de los militares de carrera optó por Isabel II y por su madre la regente María Cristina, por mucho que tras la *purificación* de 1823-1825 casi ninguno profesara el credo liberal. Algunos exiliados y depurados se incorporaron más adelante gracias a las sucesivas medidas de gracia, pero siempre fueron una minoría. Eso sucedió también en Cataluña, que además estaba muy poco representada en el generalato español, así que los generales, jefes y oficiales catalanes que prefirieron a don Carlos (Juan Romagosa, el barón de Ortafà o José Segarra) se cuentan con los dedos. La jefatura militar del carlismo catalán recayó en los cabecillas guerrilleros veteranos de anteriores alzamientos (los hermanos Tristany, el *Ros d'Eroles*, el *Llarg de Copons*, *Boquica*, *Muchacho*, *Cavalleria*...), que además se enfrentaron a los mandos profesionales enviados desde la corte carlista (Guergué, Maroto, Royo, Urbiztondo y el conde de España) y, en alianza con el sector intransigente del carlismo político del Principado, los sometieron o expulsaron.

La organización y naturaleza de la tropa también difirió mucho entre ambos bandos, y tanto por origen como por encuadramiento. En el lado carlista, estuvo siempre compuesta por lo que los dirigentes de ese bando se complacían en llamar *voluntarios*, aunque muy a menudo no lo fueran. Abundaron los voluntarios a la fuerza, y al final de la guerra los conscriptos de quinta, pero con la palabra se destacaba la adhesión a la causa del pretendiente y se recordaba a los Voluntarios Realistas, que la Junta carlista con sede en Berga intentó restaurar. Tras los sucesos de la Granja de setiembre de 1832, hasta los defensores de la sucesión isabelina creyeron que el cuerpo

de los Voluntarios Realistas era un verdadero ejército de reserva a disposición de don Carlos, y por eso el Gobierno de Zea Bermúdez suprimió en diciembre de 1832 su inspección autónoma y los puso bajo las órdenes de los capitanes generales. Sin embargo, ya durante la rebelión de los agraviados de 1827 se había notado la divergencia entre oficiales y voluntarios rasos, cuyo abandono se hizo notorio a partir de 1830, cuando las pagas se fueron espaciando hasta su desaparición¹². A la hora de la verdad, la mayoría de los Realistas faltó a la cita.

Como se verá en la *Tabla 1*, la cantidad de carlistas armados en Cataluña sufrió fuertes oscilaciones, debidas a las circunstancias bélicas y políticas que se explicarán más adelante. La desertión raleó varias veces las filas del pretendiente, y no podía ser de otro modo, cuando la mayoría de su tropa catalana estaba formada por jóvenes reclutados por guerrilleros veteranos mediante una combinación variable de estímulos positivos –paga, esperanza de ascenso– y negativos –coacción directa o sobre familiares. Si fallaban los alicientes o los castigos, los efectivos lo notaban enseguida.

TEATRO	1834	1835	1836	1837	1838	1839
Carlistas	2	22	11	13	7	13
Isabelinos (sin Milicia Nacional)	18	23	30	29	25	23

Tabla 1: Máximos aproximados de efectivos carlistas e isabelinos, en miles de hombres

Recuentos propios. No incluyo 1840, porque las fuerzas carlistas del *Maestrazgo* y Cataluña acabarían juntándose bajo el mando de Cabrera; a su llegada, los efectivos del carlismo catalán oscilaban entre los 6.000 y los 8.000 hombres. También omito la reunión de los ejércitos de la reina bajo el mando de Espartero para la campaña final de Cataluña: recién acabada la guerra, la Real Orden de 20-8-1840 asignaría 32 batallones y 12 escuadrones al Norte, 16 batallones y 8 escuadrones a Valencia y nada menos que 32 batallones y 8 escuadrones a Cataluña (*Gaceta de Madrid*, 26-8-1840).

Por extraño que parezca, las cuentas de las fuerzas isabelinas en Cataluña son mucho más difíciles de hacer, y tanto por carencias de las fuentes –en las que suele emplear una unidad de cuenta tan elástica como el batallón¹³–,

¹² Rubio Ruiz, Daniel: «Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte», en Solé Sabaté, Josep Maria (dir.): *El carlisme com a conflicte*, Barcelona, Columna, 1993.

¹³ Cf. la decepcionante serie de los *Estados militares de España* (Madrid, Imp. Real, vv. aa.). Por eso las obras clásicas del XIX, las de Chao o Pirala ya citadas, carecen de estados de fuerza isabelinos segregados por territorios. Un batallón de infantería contaba idealmente con 1.000 hombres, pero casi siempre la cifra quedaba muy por debajo.

como por la heterogeneidad de sus componentes. Se yuxtaponían los soldados de quinta –en su mayoría no catalanes– encuadrados en los regimientos con sede en el Principado, los miembros de los cuerpos de orden público (las Escuadras de Cataluña, las Rondas Volantes o *parrots* y los carabineros, todos ellos dependientes del capitán general), los cuerpos francos reclutados para la ocasión y los afiliados a la Milicia Urbana, después Guardia Nacional.

De todos ellos, los cuerpos francos son los que presentan mayor novedad e interés. Al cabo de una semana de que se anunciara la muerte de monarca, Llauder puso en práctica un proyecto que había esbozado antes, cuando era virrey de Navarra. Se trataba de transmutar a los Voluntarios Realistas «bien animados»¹⁴ en *Voluntarios de Isabel II*. Las dos ciudades más grandes del Cataluña, Barcelona y Reus, fueron los primeros lugares elegidos para un alistamiento muy exitoso¹⁵. Antes de que acabara 1833 se crearon compañías de seguridad pública en La Jonquera, Figueres y otras localidades próximas a la frontera con Francia, y entre unos y otros sumaron unos 4.000 hombres¹⁶. Durante el resto de la guerra, los cuerpos francos combatirían codo con codo con el ejército regular, asimismo formado por gentes pobres de fuera del Principado, donde las quintas no fueron efectivas, sino que se redimieron con dinero aportado por los ayuntamientos. Los *crístinos*, como también se les llamó, incrementaron la capacidad defensiva y subsanaron las deficiencias de la Milicia, primero Urbana y después Nacional¹⁷. Además, formaron parte de un programa de subsidios de paro, en lugar de las obras públicas habituales y por un jornal parecido: 4 reales.

A mediados de setiembre de 1835, las tropas regulares isabelinas en Cataluña contaban con unos 14.000 soldados y artilleros y unos 1.500 jinetes, a los cuales se tendrían que añadir a los cerca de 3.000 integrantes de los cuerpos francos. La Junta Auxiliar del Principado prosiguió la política de Llauder respecto a ellos, aumentó sus soldadas y llegó a reunir 7.500 hombres. No se les debe confundir con la Guardia Nacional, que había experimentado un enorme crecimiento a raíz de la revolución del verano de 1835, hasta alcanzar

¹⁴ Y todos aquellos que reunieran las condiciones de «buena fama, no ser vagos, ni quimeristas, ni procesados, ni haber pertenecido a la rebelión de 1827» (Llauder, Manuel: *Memorias documentadas del teniente general don Manuel Llauder, Marqués del Valle de Ribas, en las que se aclaran sucesos importantes de la historia contemporánea en que ha tenido parte su autor*, Madrid, Imp. de D. Ignacio Boix, 1844, p. 54.

¹⁵ Vallverdú i Martí, Robert: *La Milicia nacional de Reus en els orígens de la Catalunya isabelina*, Tarragona, Diputació de Tarragona, 1986, p. 53.

¹⁶ Llauder: *Memorias*, pp. 55-56.

¹⁷ Siguen siendo imprescindibles Pérez Garzón, Juan Sisinio: *Milicia Nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño 1808-1874*, Madrid, CSIC, 1978, pp. 380 y ss., y Chust, Manuel: *Ciudadanos en armas. La Milicia nacional en el País Valenciano (1834-1840)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, pp. 47-48.

los 10 batallones de línea y 12 ligeros, además de artilleros, lanceros y zapadores. Si se les incluyera en la contabilidad, el bando isabelino contaría con unos 40.000 hombres, 12.000 de ellos en la capital, y por tanto con superioridad táctica. No obstante, es un error contabilizar a la Milicia como fuerza útil¹⁸. Salvo los pequeños destacamentos de la Cataluña interior que defendieron sus pueblos, el grueso de la Milicia –incluido el famoso batallón 12.º ligero, o *de la blusa*– no salió a campaña hasta enero de 1836, y desde entonces lo hizo muy poco y a regañadientes. Cumplió su función de garantizar el derecho a la resistencia a la tiranía, pero no tuvo significación bélica, consumió muchos recursos y, para los más conservadores, fue una fuente de disturbios.

No tenemos números concretos de la reorganización efectuada por Espoz y Mina en 1836, porque la sumisión a la que redujo a las juntas de armamento de las cuatro provincias catalanas nos deja a ciegas. El total no debió de ser muy diferente a los de 1835 y 1837, pero hay que añadirle el refuerzo de los 1.500 cazadores de Oporto al mando de Borso di Carminatí. En febrero de 1837, recién iniciado el mandato como capitán general del barón De Meer, las juntas de armamento redactaron un informe conjunto donde contaban solo unos 12.000 hombres operativos, porque de los cerca de 29.000 teóricos se tenían que restar las guarniciones y destacamentos y las bajas¹⁹. De nuevo, se podría incluir a los 55.000 milicianos, pero una parte fue desarmada a consecuencia de un pronunciamiento en enero de 1837, mientras que el resto mantuvo su rechazo a los combates y su gusto por la acción política de retaguardia. En adelante, De Meer y sus sucesores no buscaron un aumento de tropas, porque no podían sostenerlo, así que no debe sorprender que las cifras de 1838 y 1839 indicadas en la *Tabla 1* sean algo más bajas que las de años previos.

La época de Llauder (1832-1835)

Como se sabe, la respuesta del sector isabelino de la corte al conato absolutista de La Granja en setiembre de 1832 incluyó la remoción de altos mandos militares²⁰. Uno de los relevos más notorios fue el de la Capitanía

¹⁸ Tański: *El informe Tański...*, pp. 120-121. Los números del observador polaco son los mismos que ofrece Pirala: *Historia de la Guerra Civil*, vol. II, p. 1.129, que además suministra otra cuenta, bastante similar, para abril de 1837.

¹⁹ *Manifiesto a las Diputaciones Provinciales de Cataluña por los comisionados de las Juntas Superiores de Armamento de Barcelona, Tarragona y Gerona nombrados para acompañar al E. S. Capitán General y que siguieron el Cuartel General...*, Barcelona, Imp. de Gaspar, 1837, pp. 65-67.

²⁰ Para más detalles sobre el desarrollo del conflicto o para localizar las referencias precisas, recúrrase a partir de ahora a Santirso, Manuel: *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya, 1833-1840*, Lleida, Pagès, 1999. Se citarán además algunas obras de gran importancia para el conocimiento del conflicto en el Principado, tanto recientes como contemporáneas.

General de Cataluña, donde el singular conde de España fue sustituido por el teniente general Manuel Llauder. Durante casi tres años, éste ejercería con plena consciencia las múltiples funciones de su cargo, y además lo haría de acuerdo con las fuerzas vivas del país, por lo que el significado de su mandato rebasa las cuestiones bélicas que aquí se tratan.

Después del intento de asesinarle a su llegada, urdido por el conde de Villemur²¹, los ultrarrealistas tardaron algún tiempo en efectuar nuevas tentativas. En enero de 1833 se supo de la implicación en una conjura de cuatrocientos exiliados absolutistas, entre ellos Agustín Saperes (a) *Caragol*, un destacado dirigente de la rebelión de los agraviados. Algunos pequeños disturbios en la capital bastaron a Llauder para ordenar el desarme de los Realistas en ella. Tras algunos incidentes más en el Prepirineo, el capitán general avisó al Gobierno del peligro latente²², y aunque no se le autorizó a disolver el cuerpo, sí podía depurarlo y confiscarle el armamento y la caja.

Los ultras pasaron entonces de la agitación al pronunciamiento a favor de don Carlos. Así sucedió en Sant Vicenç dels Horts el 2 de marzo de 1833 y en Les Borges Blanques los días 14 y 15 siguientes, siempre con resultados decepcionantes, cuando no mortales. Mientras tanto, la Capitanía General redobló sus esfuerzos para desarticular una red conspiratoria cada vez más densa²³. La vigilancia, que contó con la aquiescencia de la población rural, obtuvo buenos resultados, y los meses previos a la muerte de Fernando VII solo se registraron unos gritos subversivos en Figueres y un pequeño motín en Navarces.

En cuanto llegó a Cataluña la noticia del real deceso, el oficial ilimitado Josef Galceran se pronunció en Prats de Lluçanès con unos cincuenta hombres, entre los que había voluntarios realistas de la zona, guerrilleros del Trienio *y/o malcontents*. Tras ocupar un tiempo la villa en connivencia con su Ayuntamiento e imponer un tributo de cuatrocientos duros a los liberales, los carlistas huyeron ante la rápida movilización de tropa y paisanos de Berga; Galceran licenció a su gente y buscó refugio en Francia. Tampoco cuajaron los tumultos en Torà de 15 de febrero de 1834 ni los de Arbeca el 13 de junio siguiente. En resumen, la muerte de Fernando VII no desató un levantamiento carlista en Cataluña. Debido a ese fracaso, en los meses siguientes se formó una guerrilla que, si bien generó gran inquietud, tuvo efectos muy reducidos. Demuestra su debilidad que siempre necesitara una base o un refugio fuera de Cataluña: en Francia, Andorra o el Bajo Aragón.

²¹ Este era el *segundo cabo*, como se llamaba al subordinado inmediato del capitán general, a menudo su lugarteniente y siempre su sustituto interino en caso de relevo.

²² Anguera: Pere, *Déu, Rei i fam. El primer carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, pp. 53-54.

²³ Llauder: *Memorias...*, p. 47.

El *Midi* francés fue el cobijo preferido por muchos cabecillas, sobre todo si sus incursiones al otro lado de la frontera salían mal y la presión de las fuerzas isabelinas se volvía demasiado fuerte. Ya a principios de noviembre de 1833 fue detectada la presencia del *Caragol* en Prats de Molló, y en diciembre entró desde Francia un jefe realista que todavía no había intervenido, Benito Plandolit, que intentó un alzamiento en Llanera. *Caragol* entró otra vez desde el reino vecino en abril de 1834, esta vez por el sector aragonés, pero de nuevo se dio la vuelta. Aparte de un magnífico escondrijo, el territorio francés era el almacén de armas y efectos de guerra del carlismo catalán, que disponía de la densa trama de contrabando del Pirineo y el Ampurdán para pasarlo por la frontera. En esto ayudaron también la doble moral de la monarquía francesa y la presencia en su administración departamental y local de muchos legitimistas, vinculados a las redes internacionales de cooperación absolutista²⁴.

Ya en la Península, los cabecillas carlistas del Bajo Aragón escapados de la dispersión inicial se unieron bajo el mando del jefe Manuel Carnicer, hasta que sus *razzias* afectaron a las tierras catalanas del Ebro. Reforzada su hueste con partidas locales, Carnicer asedió Batea el 2 de abril y después hizo lo propio con Gandesa, que iba a rendir cuando las sugerencias de conspiradores carlistas del sur del Principado le hicieron volverse hacia el campo de Tarragona para apoyar un imaginario levantamiento general. El 6 de abril de 1834 atravesó el Ebro una fuerza carlista compuesta por unos 1.700 combatientes, que obligaron a retirarse hacia Falset a una columna de 600 cristinos. Ante la gravedad de la invasión, 700 soldados y 400 voluntarios de Barcelona se dirigieron hacia el sur, pero antes de que llegaran sobrevino el choque. Los carlistas fueron vencidos en Maials por los soldados a las órdenes de Bretón y Carratalà (3.500 infantes y 200 caballos), auxiliados por los Voluntarios de Isabel II de varias localidades de Tarragona. Del lado gubernamental, se registraron 100 muertos; del carlista, 300 muertos y 700 prisioneros. La batalla de Maials, la única digna de ese nombre hasta 1837, marca el momento a partir del cual se puede hablar de guerra en Cataluña. Gracias a su victoria, los isabelinos fijaron en el Ebro una primera línea estable de defensa, de forma que el teatro catalán permaneció separado del Centro o Maestrazgo. En segundo término, la represión sobre los vencidos inutilizó la red política carlista con centro en Tortosa y desanimó su recluta en las comarcas meridionales.

Varios estados absolutistas europeos apoyaron a don Carlos, aunque no pudieran ofrecerse como plataformas de incursión en territorio español.

²⁴ Clarenc, Veronique: «Toulouse, capitale du carlisme catalan (1830-1840)», *Annales du Midi*, t. 105, n. 202, abril-junio de 1993.

En Cataluña, el reino de Cerdeña-Piamonte a menudo aparece como el origen de proyectos de alzamiento²⁵. Allí se gestó la tentativa más sólida de la primera fase de la guerra, encabezada por el general Juan Romagosa, jefe de realistas en el Trienio, gobernador militar de Manresa durante la guerra de los *malcontents* y acompañante de don Carlos en el mismo buque *Donnegal* que los llevó de Portugal a Gran Bretaña. En él, el pretendiente extendió a Romagosa una comisión para promover el levantamiento en Cataluña como comandante en jefe. Una vez que la red conspirativa carlista del interior y del extranjero puso a su disposición los recursos necesarios, Romagosa zarpó de las costas ligures y el 12 de setiembre de 1834 desembarcó en las playas de Berà, lo más cerca posible de su pueblo natal, La Bisbal del Penedès. Se escondió en casa del cura de Selma, una aldea bajo jurisdicción del monasterio de Santes Creus, pero la red de información de la Capitanía funcionó a pleno rendimiento y el general fue capturado el 16 de setiembre. Él y el cura fueron fusilados en Igualada el día 18, mientras que en Lleida era pasado por las armas el cabecilla Aldama, otro implicado.

La ejecución de Romagosa decapitó el proyecto de levantamiento carlista en Cataluña del otoño de 1834, pero sus secuelas duraron algunas semanas. A fines de octubre, *Caragol* reapareció en el Prepirineo prometiendo una soldada que se pagaba en monedas piamontesas de oro de cuatro duros, del mismo tipo que las que llevaba consigo Romagosa. En cambio, Andorra, que había sido otro punto crucial para la entrada de pertrechos de guerra y de combatientes carlistas, adoptó una línea de prudencia mediante el tímido edicto de abstención y vigilancia de 22 de diciembre de 1834²⁶.

Aunque el refugio exterior siguió contando, la iniciativa de los carlistas catalanes pasó a una multitud de partidas pequeñas, mal armadas y dirigidas por oficiales ilimitados, antiguos jefes de guerrilleros realistas de 1822-1823 o *malcontents*. La localización y la viabilidad de estas bandas autónomas varían mucho, pero se pueden distinguir dos tipos básicos: las pequeñas facciones organizadas por líderes locales, militarmente débiles y por eso casi siempre ligadas a acciones de mayor alcance, y las partidas comandadas por guerrilleros veteranos, que se movían en territorios más extensos y exhibían una gran libertad de acción.

Las primeras fueron exterminadas durante el año 1834 gracias a la superioridad militar isabelina, pero también a la falta de complicidad popular con los facciosos. La Capitanía desplegó una vasta operación de orden

²⁵ Hay abundante información al respecto en Izquierdo Genovés, Xavi: «El carlismo y el absolutismo italiano», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2018, pp. 43-55, <https://www.tdx.cat/handle/10803/665945>.

²⁶ López, Esteve, y Peruga, Joan: «Andorra i la primera guerra carlina», *L'Avenç*, n. 151, setiembre de 1991, pp. 8-9.

público, en la que 72 guerrilleros carlistas fueron ajusticiados. No obstante, la fórmula de represión preferida en esta época fue la deportación (498 personas) basada en la real orden de 21 de enero de 1834, en cuya virtud los facciosos con grado de suboficial o cabo serían enviados a los regimientos con base en Ceuta, La Habana y los presidios de África, en tanto que los soldados serían destinados a Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Llauder y su equipo no emplearon los indultos (123) hasta muy entrado el año.

Las partidas de los cabecillas curtidos en conflictos anteriores resistieron mucho mejor y formaron el cuadro del futuro ejército carlista catalán. Por eso, los nombres del *Ros d'Eroles*, el *Llarg de Copons*, *Muchacho*, *Boquica*, Borges, Cavalleria y los hermanos Tristany resultan mucho más familiares que los antes citados. Sus guerrillas empleaban la táctica de reunión-dispersión según los resultados de la empresa y las características del terreno, como en el choque del Pont de l'Espia de 13 mayo de 1834. Ahora bien, no lo hacían porque esa fuera la forma de combate más adecuada o la única que conocían, sino también y sobre todo porque no podían considerar seguro ningún terreno.

Con la excepción de encuentros como el antedicho, el abigarrado dispositivo de seguridad de Cataluña impidió la reproducción de las carencias defensivas que aquejaban al Gobierno central. Esa variedad obligaba a una férrea unidad de mando, y por eso el capitán general retuvo la dirección de la mayoría de las piezas del sistema, en una concesión de poderes omnímodos que condicionó la vida política y económica de la región. El sostenimiento del mecanismo montado por la Capitanía era caro, y como los donativos de las más grandes fortunas pronto se volvieron insuficientes, Llauder tuvo que imponer arbitrios extraordinarios. Solo así el ejército de la reina en el Principado pudo contar con fondos para comprar armas sin depender de las escasas remesas del Gobierno, así como pagar con regularidad los bagajes y suministros de los pueblos, algo básico si no se quería exasperar a la población.

La exitosa gestión del capitán general de Cataluña lo elevó al Ministerio de la Guerra, de donde sería desalojado al poco tiempo por sus mismos compañeros de gabinete mediante el pronunciamiento *ad hoc* de Cayetano Cardero que tuvo lugar el 17 de enero de 1835. Llauder volvió a su Capitanía de Cataluña, aunque no se reincorporó hasta el mes siguiente, y ya sin el prestigio de otrora. La situación bélica no había empeorado, pero la opinión pública barcelonesa percibió un resurgimiento pasajero de la facción, de nuevo producto de un cambio de escenario internacional. El rey Carlos Alberto I se reafirmó en su ayuda al carlismo catalán a través de la densa red de contactos que el cónsul Ponti había tejido en Barcelona; Llauder ordenó el encarcelamiento del diplomático, que después de unos días encerrado en

la Ciudadela salió libre gracias a la intervención del ministro de Estado piomontés, el conde Solaro, uno de los implicados en los sucesos de La Granja de 1832²⁷.

En el *Midi*, Plandolit se retiró definitivamente a Troyes el mayo de 1835, pero otros muchos carlistas retenidos en los Pirineos Orientales escaparon de los depósitos de prisioneros y se pusieron en movimiento debido al rumor de que el conde de España, huido de Tours, estaba a punto de entrar en Cataluña. El conde no apareció, como haría alguna vez más. En Andorra, a todo esto, un par de incursiones a cargo del gobernador militar de La Seu d'Urgell forzaron a las autoridades de los valles a una apariencia de no intervención.

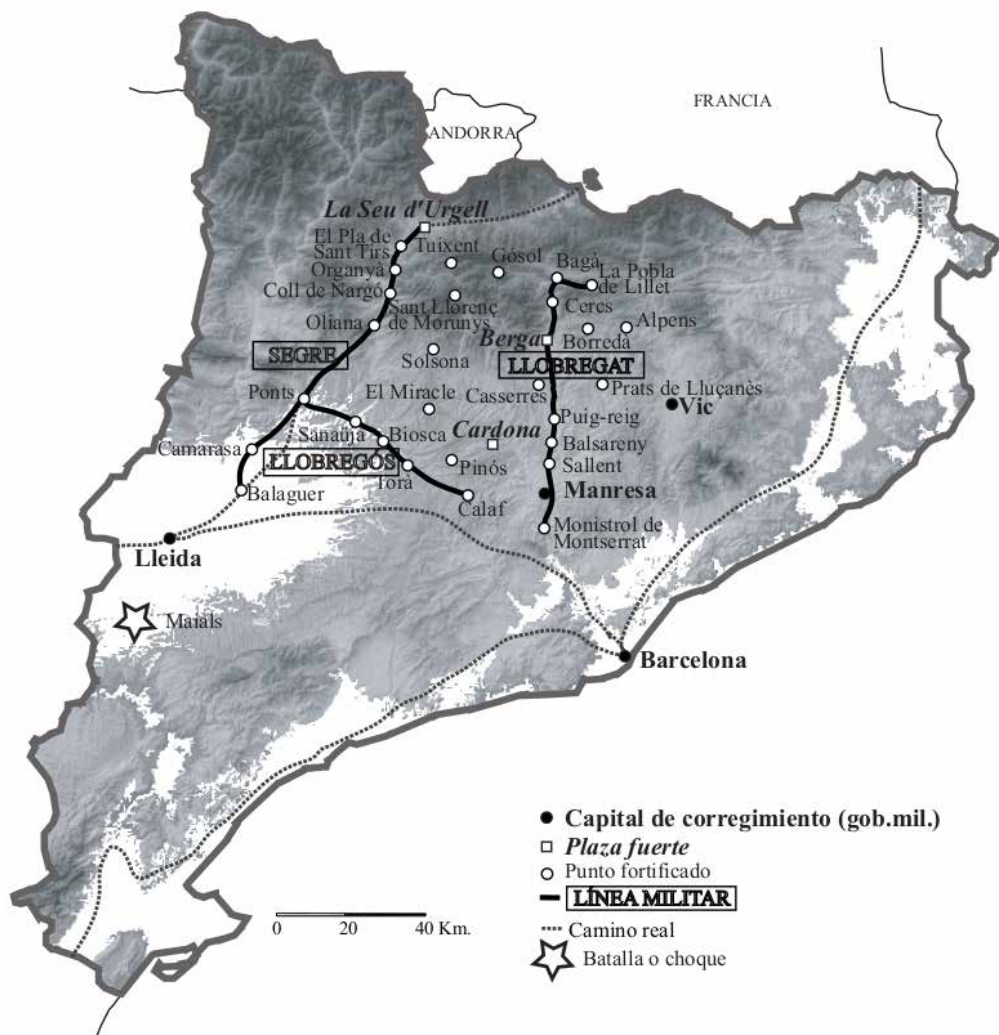
Mientras tanto, las partidas carlistas que habían sobrevivido a la represión intentaban superar la fase de guerrilla pura, con poco éxito. En la primavera de 1835, sus actuaciones se ciñeron a las comarcas más inaccesibles, en donde quisieron ocupar poblaciones y establecer cuarteles permanentes. A su vez, la Capitania revisó su estrategia, que consistió en estacionar tropas a lo largo de unas líneas de defensa (la del Segre, la del Llobregós y la del alto Llobregat) y en unos puntos fortificados que las reforzaban (véase *Mapa 2*). Complementaba la estrategia el control sobre los habitantes, aunque el castigo a los colaboradores de los guerrilleros se alternó con los indultos y los premios a la delación. En contrapartida, al concentrar efectivos en el Prepirineo quedaban más expuestos el sur y las inmediaciones de Barcelona, donde se suponía que el peligro era menor. Para remediar la carencia, Llauder puso en acción a los Voluntarios y a la Milicia Urbana, aprovechando la distinción entre Milicia fija y móvil que había establecido un decreto de 19 de octubre de 1834. Aun así, no paró de pedir refuerzos a Madrid, y después de mucho insistir, el marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra, accedió a enviar a Barcelona 20.000 soldados de refresco²⁸. De poco sirvieron, porque la situación de Cataluña iba a cambiar por completo en pocas semanas.

La revolución y la guerra de Mina (1835-1836)

La revolución del verano de 1835 en Cataluña se caracterizó por una gran violencia popular y por la anarquía militar en el bando isabelino, por las cuales el liberalismo se enajenó a los elementos más conservadores. Por

²⁷ Izquierdo: «El carlismo y el absolutismo italiano», pp. 73-87.

²⁸ Amarillas, marqués de las [Girón, Pedro Agustín]: *Recuerdos (1778-1837)*, ed. de Pamplona, EUNSA, 1978-1981, vol. III, p. 136.



Mapa 2: Esquema defensivo de Llauder, primera mitad de 1835

otra parte, la exclaustación forzosa, que había querido privar a los carlistas de los recursos de los monasterios y conventos, tuvo un efecto inicial perverso, ya que sus moradores se llevaron consigo unas riquezas que invirtieron en la contrarrevolución.

Durante julio de 1835, la actividad de las partidas se había reducido a las mismas áreas montañosas que las habían cobijado hasta entonces, por lo que la concentración de tropas isabelinas en Barcelona, Reus y sus alrededores no tuvo graves consecuencias. No obstante, a principios de agosto los carlistas retomaron los intentos de ocupar puntos fortificados, ahora con muchos más efectivos. Varias partidas reunidas asediaron Torà, otras intentaron la conquista de Prats de Lluçanès y Tristany entró en Balsareny. Más allá, a las puertas del Pirineo, los carlistas aprovecharon sus apoyos en el nido de águilas de Talarn para instalar allí una Junta de corregimiento y una base, desde la que realizaron incursiones a la vecina Tremp y a las valiosas salinas de Gerri.

No era mucho para la ventaja que ofrecía la desorganización isabelina. El carlismo catalán necesitó de nuevo un estímulo exterior, que tomó la forma de los 2.500 soldados salidos de Navarra a las órdenes de Juan Antonio Guergué, quien años más tarde figuraría como efímero comandante en jefe carlista. Se ha bautizado con su apellido la primera de las muchas expediciones que partieron de los dominios de Norte para aliviar la presión sobre ellos y propagar la guerra a otras latitudes²⁹. Cataluña reunía los mejores requisitos para ello: tenía un largo tramo de frontera permeable con Francia, había bastantes guerrilleros en activo, era una provincia rica y la escala de mando isabelina había colapsado.

La expedición dejó Estella el 8 de agosto de 1835, pero no tocó tierras catalanas hasta el 9 de setiembre. Durante el resto del mes vagó por los restos del sistema defensivo de Llauder y el día 22 se presentó en las cercanías de Solsona, que los isabelinos habían dejado a su suerte (ver *Mapa 3*). Mientras tanto, las partidas atacaban poblaciones tan grandes y alejadas entre sí como Balaguer, Calaf, Artesa de Segre, Pineda y Malgrat de Mar; al fin ocuparon Torà, uno de los principales baluartes isabelinos, abandonado por la guarnición y los habitantes.

Aunque ni una sola localidad catalana abrió de grado las puertas a la expedición, el ejército isabelino del Principado tampoco la atacó de frente. Muy al contrario, el jefe de las tropas gubernamentales, el ex-realista Pedro María de Pastors, escribió a Guergué para agradecerle el trato que dispensaba a los prisioneros, a lo que el jefe carlista le contestó con una copia del

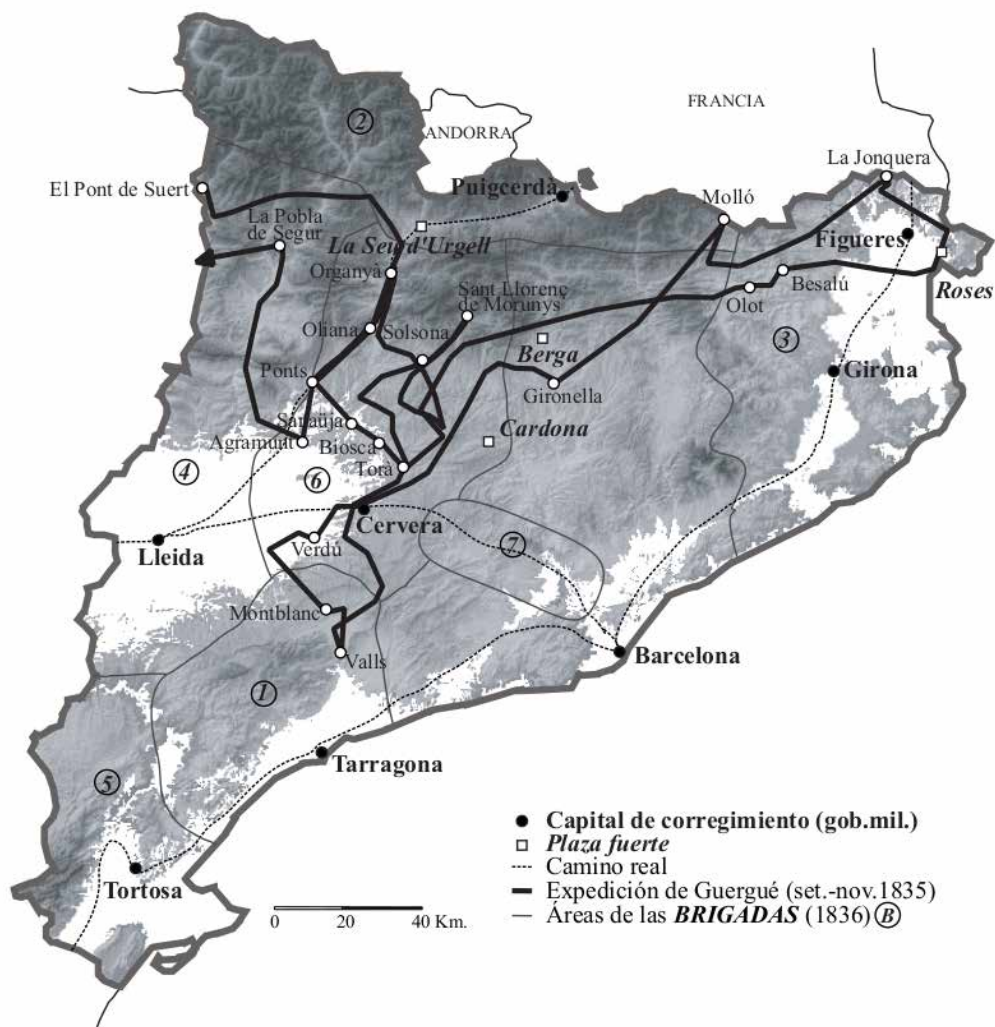
²⁹ Ya en enero de 1835, el cabecilla Samsó había pedido a la corte del Norte que enviara una expedición en el Principado (Bullón de Mendoza: *La Primera Guerra Carlista*, p. 291).

convenio Elliot que regía en el Norte. Por lo demás, las tropas de la reina se vieron sin munición de boca y guerra, de modo que tuvieron que emplear los mismos métodos recaudatorios que las partidas carlistas. Las diversas juntas continuaron con la política de centralización de fondos de época de Llauder, desviaron hacia el ramo militar los arbitrios extraordinarios y se incautaron interinamente de los bienes y rentas de conventos suprimidos. No bastó: a inicios de setiembre de 1835 quedaban 2,3 millones de reales en la tesorería y en octubre, tan solo medio millón.

La expedición de Guergué no buscó tanto barrer las líneas de defensa isabelinas como estimular la recluta y colaborar en la vertebración del carlismo catalán. Consiguió lo primero, pero no lo segundo. El rumbo nordeste que la expedición tomó en octubre obedecía a su misión de proteger, una vez más, la entrada del conde de España. Éste se encontraba el 12 de octubre en Ceret esperando un destacamento carlista que lo recogió y con cuya escolta pasó la frontera, pero sin motivo aparente se volvió a Francia en compañía de varios cabecillas, apresados de inmediato³⁰. Después de la travesura, el 18 o 19 de octubre de 1835 una Junta carlista catalana de la que no se sabe casi nada se reunió con Guergué en Navés para convencerle de que aceptara el mando, lo que el jefe navarro tardó una semana en hacer. Desde entonces, la expedición y sus aliados catalanes se desplazaron sin plan por el sur de Cataluña, donde iniciaron un improbable asedio de Valls. Guergué se retiró al poco al Pallars, solo para ver que una parte de sus tropas se rebelaba, así que ordenó que la caballería de Torres permaneciera en Cataluña, mientras él y 2.800 hombres enfilaban para casa el 22 de noviembre de 1835. Las partidas retomaron la táctica de sorpresa y dispersión, rehabilitaron el refugio andorrano y se hicieron fuertes en puntos de difícil acceso, como Sant Llorenç de Morunys o Àger, desde donde lanzaban incursiones que exasperaban a los isabelinos.

Las esperanzas se pusieron entonces en el nuevo capitán general, el legendario Francisco Espoz y Mina, pensando en su triunfo de 1823 y no en su reciente fracaso en el teatro del Norte. Mina, como se le conocía, organizó enseguida una campaña que tenía como fin político reforzar su imagen y como objetivo militar la toma de los enclaves carlistas de Sant Llorenç de Morunys y el cercano santuario de Lord, que se usaba como depósito de prisioneros. El primero cayó el 23 de diciembre, pero el segundo resistió. Irritado, Mina difundió el 26 de diciembre un parte alarmista en el que se

³⁰ Sagarra i de Siscar, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya (contribució al seu estudi). El comte d'Espanya i la Junta de Berga*, Barcelona, Barcino, 1935, vol. I, p. 112.



Mapa 3: La expedición de Guergué y las áreas de las brigadas de Mina

hablaba del fusilamiento por parte de los carlistas de cuarenta isabelinos, con el resultado de un tumulto (una *bullanga*, en el lenguaje de la época) en Barcelona en el que una turba dirigida por milicianos asaltó la Ciudadela y asesinó *in situ* a los prisioneros carlistas, entre ellos el coronel Juan José O'Donnell (hermano de Leopoldo), cuyo cadáver fue lanzado desde la muralla y arrastrado según un ritual codificado el año anterior. Después, los amotinados prosiguieron con los asesinatos en el fuerte de Atarazanas y en el hospital militar.

Si los radicales barceloneses creían que el nuevo capitán general les favorecería, los encarcelamientos a raíz de una nueva *bullanga*, esta constitucionalista, el 5 de enero les enseñaron lo equivocados que estaban³¹. Tras esta limpieza doméstica y la toma de Lord a fines de mes, Mina y sus subalternos pusieron en práctica un nuevo plan de guerra. El 28 de enero de 1836 marca la fecha de un cambio total de estrategia isabelina en Cataluña, de la estática que había planteado Llauder a la móvil de Mina quien, en vez de estacionar tropas en las áreas más conflictivas, las dispersó por ellas. El ejército del Principado fue dividido en siete brigadas que debían perseguir sin tregua y exterminar a los facciosos en las áreas a su cargo, que sin embargo no cubrían todo el territorio (ver de nuevo *Mapa 3*). A los cuerpos francos, que habían demostrado su gran valía, se les apartó de las operaciones y se les destinó a tareas de guarnición.

Por su parte, las partidas carlistas atacaron convoyes gubernamentales y saquearon en las áreas no defendidas, que se convirtieron en zonas de doble contribución, isabelina y carlista. También organizaron razias y se atrevieron a choques directos, donde los isabelinos no resultaron bien parados. Mina salió de campaña con fines propagandísticos, esta vez hacia el sur, pero la cosa no pasó de revista. El héroe ya estaba mortalmente enfermo, y muy afectado por las reacciones internacionales adversas que había suscitado la ejecución de la madre de Cabrera a fines de febrero, así que el primero de abril presentó una dimisión que la regente no le admitió. Hubo que esperar hasta mayo para que las armas isabelinas exhibieran algún progreso, como la recuperación de Torà.

De todos los jefes isabelinos en Cataluña, el que dio más que hablar fue el brigadier Manuel Gurrea, nombrado jefe de operaciones. Ex guerrillero como Mina y amigo personal suyo, carecía de los conocimientos militares para semejante mando, y además creía tanto o más que su jefe que la guerra se ganaría aterrizando a los campesinos. Eso hizo el 22 de mayo, cuando incendió Navés. No obstante, arrasó bosques, quemó cosechas y

³¹ Aviraneta, Eugenio de, y Bertran Soler, Tomás: *Mina y los proscritos*, Argel, Imp. de la Colonia, 1836, pp. 11-12.

multar a los payeses no ayudaría a las armas isabelinas, como tampoco ex-tenuar a las tropas en larguísimas marchas para ganar en un sitio lo que se perdía en otros. Hubiera sido más productivo imponer el orden en el seno del ejército y la Milicia, algunos de cuyos miembros asesinaron el 11 de julio al gobernador militar de Figueres, Manuel de Tena.

A todo esto, el suministro al ejército de Cataluña, contratado en Madrid, se había convertido en un pingüe negocio para los proveedores que giraban en la órbita de Mendizábal, como los hermanos Safont, así como para los subarrendadores locales. Mina quiso hacer frente a la quiebra que provocaban esa corrupción, las exigencias fiscales del Gobierno y la excesiva movilidad de las tropas con un triple expediente, idéntico al que había adoptado Llauder antes y muy similar al que emplearía De Meer después: centralización, arbitrios extraordinarios y desobediencia al Gobierno, desde el 15 de junio de 1836 presidido por Istúriz. No lo logró: la Diputación de Lleida se negó a unirse a las otras tres bajo la presidencia del capitán general y el Gobierno desautorizó la fusión.

La corte carlista quiso enviar otra vez ayuda a Cataluña, aunque solo fuera de cuadro militar y administrativo. El encargado de la misión fue nada menos que Rafael Maroto, que tomó el camino de Francia y entró en Cataluña por Queralbs el 29 de agosto de 1836, acompañado por el intendente Pedro de Alcántara Díaz de Labandero, el brigadier Blas María Royo y el coronel José Pérez Dávila. Al día siguiente lo fue a ver Ignacio Brujó, comandante en jefe interino, y le entregó un estado de fuerzas deplorable: las fuerzas carlistas en el Principado se reducían a 10.600 soldados a pie y 210 a caballo, bien armados, pero mal equipados y pagados. Maroto comprendió enseguida que no podía hacer nada, y tras la muerte en combate de su segundo, el barón de Ortafà, el 5 de octubre de 1836 se volvió por donde había venido. Royo se quedó y le sustituyó como comandante en jefe.

El 5 de noviembre de 1836 se cumplió un año de estado de sitio y las partidas perseveraban. Pese a la captura de algunos cabecillas y de una cierta reducción de los efectivos guerrilleros, el plan bélico de Mina había fracasado. Los gubernamentales apuraron los medios económicos y humanos a su alcance sin obtener mejores resultados. La estrategia era errónea *per se*, pero la deficiencia principal radicaba más bien en la falta de comprensión del conflicto por parte de los liberales, de la que se derivaban la corrupción en los suministros, la falsedad sistemática en los partes, la provisión de responsabilidades con criterios partidistas y, sobre todo, el ataque en las vidas, la seguridad y los intereses de los habitantes de la Cataluña rural, puestos bajo sospecha.

La dictadura del barón de Meer (1837-1839)

Mina murió la Nochebuena de 1836. Tras la inevitable interinidad, el barón Ramón de Meer se hizo cargo de la capitania general de Cataluña el 12 de marzo de 1837, cuando prorrogó el estado de sitio. El ejército gubernamental en el Principado era insuficiente para tomar la iniciativa y aun para conservar las 9 plazas, los 255 puntos fortificados y las 120 casas fuertes. Las tropas isabelinas solo abandonaban esos refugios para buscar víveres o proteger los trabajos agrícolas. Tampoco había dinero: los 25.000 duros aportados por los puentes de Barcelona y los 12.000 en calderilla que se guardaban en la ceca solo servían para salir del paso.

Todos estos males manifestaron la máxima virulencia entre el 26 de abril y el 4 de mayo de 1837: los carlistas tomaron Solsona, compañías gubernamentales enteras corrieron en desbandada mientras perecían sus jefes y en Barcelona se aprovechó que el capitán general estaba de campaña para hacer estallar la última *bullanga* de este período. El caos político y militar se había adueñado del campo de Isabel II en Cataluña.

En el otro bando, el 17 de enero se produjo un notable avance político con el establecimiento en Borredà de una Junta estable, liderada por Bartolomé Torradella, ex cancelario de la Universidad de Cervera y subdelegado apostólico para Cataluña. Por su parte, Royo consiguió que las partidas se ajustasen por primera vez a un cierto esquema organizativo, que comprendía 23 batallones encuadrados en tres divisiones y dos brigadas, aunque los guerrilleros mantuvieran su estilo de acción y siguiesen viviendo sobre el terreno. Gracias a esos progresos, los carlistas catalanes se propusieron la toma de Solsona, una ciudad pequeña que a cambio equidistaba entre las zonas de actuación de las partidas y era la única sede episcopal al alcance de una junta dominada por eclesiásticos. De Meer partió de Barcelona el 25 de abril al frente de una columna, llegó a Solsona el primero de mayo, levantó el asedio después de duros combates y se anotó una victoria pírrica. Falto de efectivos y recursos para mantener la posición, ordenó el derribo de las fortificaciones, evacuó a los habitantes y se fue. Los carlistas entraron tres días más tarde e instalaron su Junta el 14 de mayo de 1837.

Al día siguiente, y por supuesto sin saberlo, el infante don Carlos salió de Estella al frente de 12.000 soldados y 1.600 lanceros que también ignoraban adónde iban. Tras un primer revés en Huesca y un paso del Cinca tan mal concebido que el río arrastró a batallones enteros, la expedición penetró el 7 de junio de 1837 en Cataluña por Tragó de Noguera. Cuando se les unieron cuatro batallones y dos escuadrones mandados por el *Ros d'Eroles*, el estado mayor carlista pensó que llegaban refuerzos, pero pronto descubrió que se trataba de una horda semibandolera que ni siquiera tenía munición.

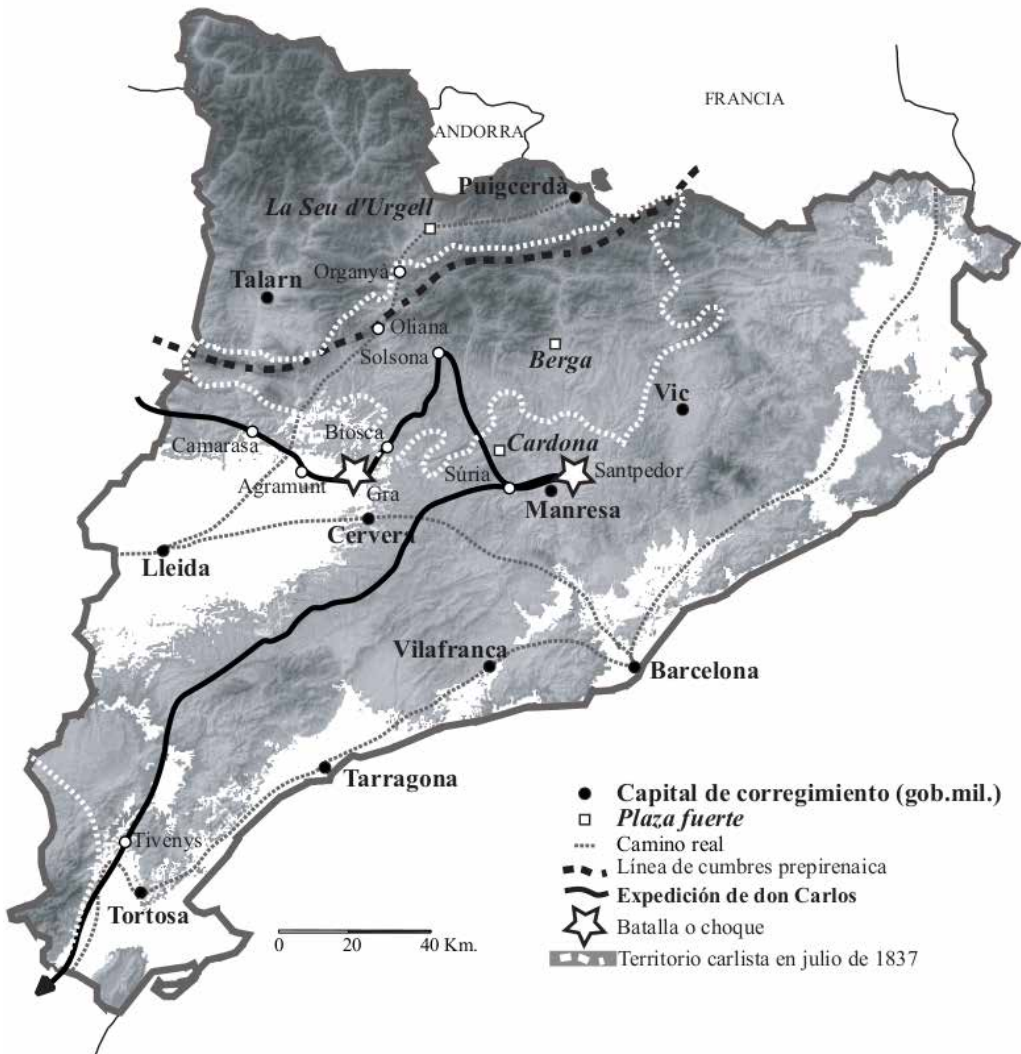
Don Carlos y su variopinto séquito siguieron el itinerario que se reproduce en el *Mapa 4* hasta que el 12 de junio llegaron cerca de Guissona, donde los esperaban el barón De Meer y unos 11.000 soldados isabelinos, incluidos refuerzos de las divisiones 3ª y 4ª del ejército del Norte. La batalla de Gra, única entablada de forma académica en toda la guerra en Cataluña, se convirtió en un cataclismo para los carlistas, que dejaron en el campo cerca de 400 muertos, 200 heridos y 700 prisioneros, por 112 muertos y 461 heridos de los gubernamentales³². El ejército isabelino de Cataluña y De Meer recuperaron su prestigio después de la caída de Solsona, pero hubo quien reprochó al barón no haber atrapado al pretendiente y haber terminado así la guerra, sin pensar que el enfrentamiento contra un ejército numeroso y disperso en un terreno muy accidentado habría costado muchas bajas, sobre todo de caballería. Además, hoy sabemos –como seguramente De Meer en su día– que el objetivo de la expedición de don Carlos era acordar en Madrid una transacción con la reina regente que al final no se produjo, pero que de momento no convenía estorbar³³.

Lo que quedaba de la expedición llegó a una Solsona en ruinas, donde no obstante se celebraron un *Te Deum* y un besamanos. Después, Torrabadella y sus vocales afines presionaron para que se le retirara la jefatura de las tropas a Royo por su libertad en materia militar y –¡horror!– su gusto por las mujeres y se le diera a *mossén Benet Tristany*. Royo cesó el 18 de junio, pero lo reemplazó Antonio de Urbiztondo, uno de los militares de carrera que viajaban con la expedición. Mientras tanto, una parte de ella había llegado a Santpedor, donde unos cientos de milicianos resistieron hasta que una columna de auxilio dirigida por De Meer expulsó a los invasores. Visto el éxito, el 20 de junio de 1837 el grueso de la expedición abandonó Solsona y se dirigió hacia el sur. Tras pararse en Vallbona para que las monjas agasajaran al pretendiente y a su séquito, atravesó el Priorat y llegó al Ebro, que cruzó a la altura de Ginestar y Tivenys (ver de nuevo *Mapa 4*).

En cambio, Urbiztondo quiso explotar el éxito, así como imponer criterios militares convencionales a sus tropas. De Meer le propuso la observancia del convenio Elliot –que había rechazado en mayo anterior–, se retiró del espacio que los carlistas ambicionaban, ordenó fortificar una segunda

³² Un análisis detallado en Pirala: *Historia de la guerra civil...*, vol. II, 633-638. Los datos sobre las bajas carlistas proceden de expertos militares extranjeros afines: Rahden, Wilhelm von: *Andanzas de un veterano en la guerra de España (1833-1840)*, ed. de Pamplona, Institución Príncipe de Viana-Diputación Foral de Navarra, 1965, p. 83, y Lichnowsky, Félix: *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*, ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1942, p. 95.

³³ Santirso, Manuel: «El convenio de Vergara y otras paces descartadas, 1837-1840», *Hispania*, vol. LV/3, n. 191, 1995, pp. 1.068-1.070.



Mapa 4: La expedición de don Carlos y el territorio bajo dominio carlista en Cataluña

línea de defensa en el llano de Lleida y el 9 de julio envió a Madrid una dimisión que no se le aceptó. Dos días más tarde, tropas carlistas se lanzaron al asalto de Berga, que capituló el 12. Era la primera plaza fuerte que conquistaban, y en ella se instaló la Junta hasta el fin de la contienda. La guarnición de Gironella se entregó el día siguiente. Urbiztondo exigió la rendición de Prats de Lluçanès el 14, y aunque De Meer levantó el asedio, tuvo que evacuarla. Tras apoderarse de Bagà y Tuixén y de apoyar el asedio de La Seu d'Urgell, Urbiztondo puso sus miras en Ripoll, una villa especializada en la producción de armas que tomó el 26 de julio. Tristany había lanzado en vano a sus hombres a la conquista de Torà, pero visto que no valían para ese tipo de acciones, se los llevó a una nueva razia por el litoral.

La racha de Urbiztondo terminó en Sant Joan de les Abadesses, que no pudo tomar, y ya no se anotaría ningún triunfo más. Aun así, había conseguido mucho: al sur del eje montañoso prepirenaico y en el curso alto del Segre se extendía un territorio dominado por los carlistas, sin más excepciones que la fortaleza de La Seu d'Urgell y la Cerdanya, que sin embargo no podían impedir el tráfico de personas y efectos de guerra desde el extranjero por Queralbs y desde Aragón por Àger (ver *Mapa 5*). No le bastó a la Junta de Berga, que en adelante no cesaría de inmiscuirse en los asuntos militares, para perjuicio de los sucesivos comandantes en jefe, a los que —de forma muy significativa— la Junta jamás reconoció la categoría de capitanes generales.

Como su obsesión era cobrar, la Junta pidió con insistencia a Urbiztondo que dedicara tropas a proteger la recaudación en los corregimientos de Lleida y Talarn, a lo que éste se negó. Comenzó entonces una pelea que duró el resto de 1837 y perdería el militar guipuzcoano. A principios de octubre, montó un par de bases estables en el sur, en Piera y Sant Quintí de Mediona, donde formó una junta propia de jefes militares. Los vocales de la Junta Millà y Fonollar se entrevistaron con él el 3 de noviembre de 1837 para reducirle a la obediencia, sin éxito. Pocos días después, la suerte se puso en su contra. Una combinación de fuerzas isabelinas hizo huir a sus tropas en Pont d'Armentera, y en la confusión de la retirada Urbiztondo perdió una cartera con documentos reservados y exposiciones a don Carlos donde se quejaba amargamente de la Junta y de la mala situación del ejército carlista de Cataluña³⁴. Escribió a De Meer para que le devolviera los malditos papeles, pero éste solo le entregó los de poco interés; su ayudante Manuel Pavía se cuidó de que los más jugosos se publicaran en el periódico *El Guardia Nacional*. Urbiztondo volvió a Berga, donde ya se imaginará el

³⁴ *Els Acords Reservats de la Junta de Berga, 1837-1839*, Berga, Institut de Cultura de Berga-Diputació de Barcelona, 2005, pp. 59-83.

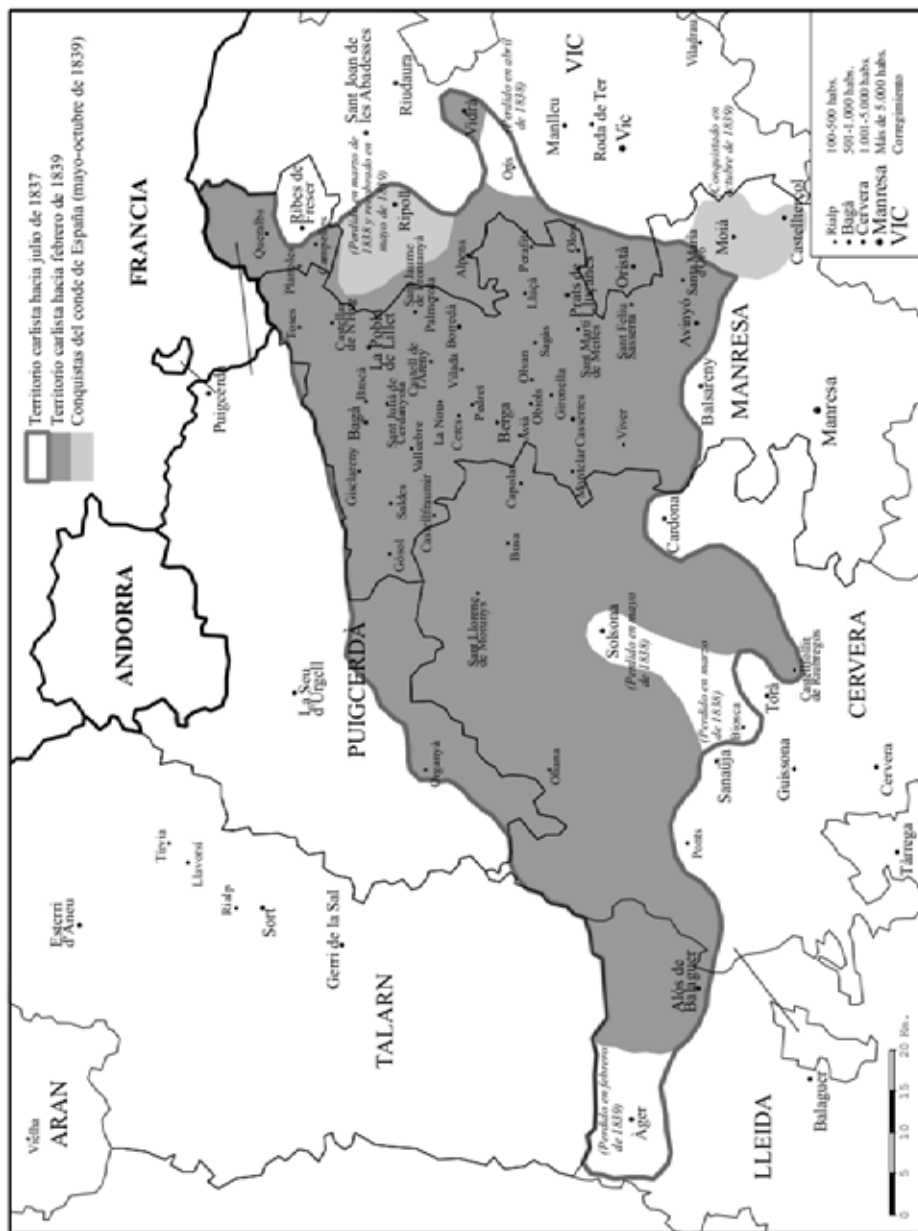
recibimiento que le esperaba. Se fue de allí y, perseguido por una columna isabelina, llegó a Rialp, donde dejó al guerrillero *Pep de l'Oli* con la orden de resistir, mientras él tomaba el camino de Andorra.

Tras conseguir a palos la unanimidad de los liberales, De Meer se pudo dedicar a la guerra. Su estrategia consistió en encerrar a los carlistas en su territorio, pequeño y pobre (véase de nuevo *Mapa 5*), para que lo agotaran, se asfixiaran en él y se pelearan entre sí, lo que sucedió a menudo. Si el auxilio del Norte y de la contrarrevolución internacional no llegaban, tendrían que hacer incursiones fuera de su zona o presentar batalla al estilo académico, y en ambos casos las tropas isabelinas llevarían las de ganar. Aunque la lucha contra guerrillera aún no se había teorizado, De Meer comprendió que la movilidad no funcionaba contra las escurridizas partidas. Se tenía que plantear una guerra de desgaste, que sacara provecho de la superioridad técnica y económica del bando isabelino, así como de su mayor apoyo social.

Para acelerar la consunción del carlismo, había que restarle combatientes, pero no mediante la simple represión, sino gracias a una mezcla de premios y castigos. Las represalias comenzaron en setiembre de 1837, con el secuestro de los bienes de exiliados o de notorios partidarios, continuaron en noviembre siguiente declarando traidores a los eclesiásticos que pagaran contribuciones a la Junta de Berga y se ampliaron el 19 de setiembre de 1838 con la creación de otra junta al efecto, que indemnizaría a los particulares que hubieran recibido daño a manos de los carlistas con los bienes de estos, de sus parientes, sus cómplices y sus colaboradores. No obstante, la campaña paralela de indulto y subsidio obtuvo resultados mucho mejores: durante los *veinte meses* de la dictadura de De Meer, el bando isabelino sustrajo al ejército de Don Carlos 1.197 combatientes solo entre presos e indultados. Esto obligó a los carlistas a recurrir a la conscripción, bajo la forma de dos quintas: la que acordaron el nuevo comandante en jefe José Segarra y la Junta de Berga en junio de 1838 y la que dispondría el conde de España en octubre siguiente³⁵.

El cerco a los carlistas se concretó en una red de puntos fortificados, situados a lo largo de la costa y del camino real de Aragón y reforzados por las fortalezas isabelinas del Principado, en los que se podían reunir hasta cuatro columnas, de unos 2.500 o 3.000 hombres cada una. La población próxima a los puntos tenía que refugiarse en ellos para no ser víctima de las contribuciones carlistas, con lo cual la trama cumplía una función económica. La Junta de Berga quiso contrarrestarla declarando los puntos en estado de bloqueo permanente, pero no consiguió más que contrabloqueos.

³⁵ Sagarra: *La primera guerra carlina a Catalunya*, vol. I, p. 205, y vol. II, p. 32.



Mapa 5: Territorio carlista y acciones principales entre 1837 y 1839

De Meer sabía que su sistema de guerra solo tendría éxito si contaba con los medios necesarios para retener a la población en los puntos fortificados. Además, la disciplina no volvería a las tropas de la reina si no se calculaban bien las soldadas y éstas no se pagaban con regularidad. En consecuencia, la disponibilidad de dinero sin trabas burocráticas se convirtió en la clave de bóveda del sistema. Todas las medidas administrativas de la dictadura se encaminaron hacia ese objetivo, tanto las dictadas a través de un Consejo Central como, desde el 6 de octubre de 1837, por una Junta de Administración y Revisión de Cuentas. Para enjugar el déficit crónico del presupuesto militar del Principado había que ahorrar todo lo posible y aumentar los ingresos. Se simplificó la administración y se estableció una escrupulosa contabilidad sobre los impuestos indirectos, lo cual trajo un leve crecimiento de las entradas. En el capítulo de las economías, la medida más importante –y la que más indispuso a De Meer con las tramas de intereses en Madrid– fue el cambio de sistema de adjudicación del suministro al ejército de Cataluña, algo que la Diputación de Barcelona –progresista– llevaba meses pidiendo. A partir de octubre de 1837, el suministro fue adjudicado en Cataluña y por el capitán general, y además se obligó a los proveedores a establecer factorías y a disponer de un remanente de emergencia. Así se añadieron unos 3,3 millones de reales al mes al presupuesto militar y civil del Principado, pero el déficit alcanzaba los 4. De Meer tuvo que ordenar en febrero de 1839 los típicos recargos de aduanas, derechos de puertas y papel sellado, el no menos clásico descuento de los sueldos de los funcionarios y una contribución extraordinaria de guerra. Sin embargo, ya contaba con pocos valedores en Madrid, y las medidas fueron anuladas por real orden.

En cuanto a resultados sobre el terreno, desde comienzos de 1838 hasta julio de aquel año, los hechos de armas más destacados fueron el abandono de Ripoll por parte de los carlistas, el 16 de marzo de 1838, y el asedio y posterior toma del castillo de Orís por los isabelinos (ver *Mapa 5*). Segarra tenía en su contra ser un jefe de transición, tolerado por la Junta mientras don Carlos no designara uno definitivo, pero las cosas cambiaron mucho el 4 de julio de 1838, cuando el conde de España llegó a Berga. El conde de Fonnollar, líder de los *aristócratas* de la Junta había obtenido el nombramiento –casi simultáneo al de Maroto en el Norte– de manos de don Carlos en persona, con lo que se impuso momentáneamente al grupo de *universitarios* de Torradabella. Carlos de España contó en los primeros tiempos de su mando con cierta corriente de opinión favorable, producto de su reputación de severidad y experiencia en la organización militar, pero las tensiones internas de la Junta, los rencores de antiguos *malcontents* reprimidos por él en 1827 y el sistema de guerra establecido por De Meer agotaron enseguida su crédito.

Para colmo, el barón reconquistó Solsona el 27 de julio de 1838, con lo que se apuntó varios tantos: levantó la moral de los gubernamentales, acalló las voces críticas contra él y endosó una deuda inicial al conde.

Las repercusiones en el bando carlista no tardaron: el conde de Fonnollar y el marqués de Monistrol dimitieron como vocales de la Junta 10 de agosto de 1838 y se fueron a Francia; el resto de los nobles carlistas haría un discreto mutis después de los fusilamientos de Estella en febrero de 1839. Por su parte, el conde de España quiso distraer la atención reorganizando a unas tropas que se habían quedado en menos de la mitad. También desentpolvió los métodos de terror por los que era famoso, mientras encajaba derrota tras derrota: en noviembre de 1838 llegó un segundo convoy gubernamental a Solsona, en diciembre los carlistas montaron una expedición al valle de Aran que casi acabó en catástrofe y entre febrero y marzo de 1839 perdieron el punto avanzado de Àger (ver de nuevo *Mapa 5*).

Mientras tanto, la relación de fuerzas políticas en el bando de Isabel II había vuelto a cambiar. El Gobierno Pérez de Castro-Pita-Alaix, tutelado por Espartero, no pensaba tolerar ningún detrimento económico ni de autoridad, así que el 16 de diciembre de 1838 emitió un decreto por el cual recuperaba la adjudicación de los suministros a los ejércitos y el 18 siguiente ordenó la disolución de todas las Juntas provinciales o regionales. La obediencia estricta al Gobierno del nuevo intendente de Tarragona, José Díez Imbrechts³⁶, y las intervenciones parlamentarias en contra de los métodos económicos –no de los políticos– del barón De Meer forzaron a éste a una nueva dimisión, tampoco aceptada. Las presiones de las autoridades catalanas y la consideración en que se tenía su competencia militar consiguieron que retuviera la Capitanía unos meses, siempre que se subordinara a las finanzas del Gobierno central. La consecuencia fue el derrumbamiento de un sistema de guerra que necesitaba una provisión constante de dinero.

En el lado carlista, el conde de España tuvo que movilizar todos los recursos del país dominado por la facción y del cinturón de tierra de nadie que lo rodeaba para emprender una contraofensiva. Era imprescindible si quería conservar el poder e incluso la vida después de los fusilamientos de Estella. Las operaciones comenzaron el 15 de marzo de 1839 con la toma de Ponts, se detuvieron un tiempo cuando el conde intentó en vano atrapar un convoy isabelino a Solsona, prosiguieron con el saqueo de Manlleu, el 28 de abril, y concluyeron el primero de mayo con la derrota de una brigada isabelina cerca de Roda de Ter.

³⁶ Díez Imbrechts, José: *Documentos justificativos del cumplimiento a las órdenes del Gobierno, por el Intendente don José Díez Imbrechts bajo el mando militar de Cataluña del E. S. Barón De Meer*, Palma de Mallorca, Imp. Nacional a cargo de D. Juan Guasp y Pascual, 1839, p. 27.

Con todo, estas acciones fueron leves contratiempos para los isabelinos en comparación con la segunda conquista carlista de Ripoll, incendiado y después derruido hasta los cimientos por orden del conde de España. Si se observa una vez más el *Mapa 5* se verá que la acción tampoco tuvo demasiado valor estratégico; al fin y al cabo, la villa estaba rodeada de territorio isabelino y podía cambiar de manos en cualquier momento. Sin embargo, De Meer se sostenía a duras penas en la Capitanía, y un golpe así tenía que derribarlo: el primero de junio, en cuanto llegó a Madrid la noticia de la destrucción de Ripoll, el general Isidro Alaix, la mano derecha de Espartero, le destituyó.

Fin de la guerra (1839-1840)

Aunque se especuló con el nombre de Rodil como reemplazo, el 5 de junio de 1839 fue designado como capitán general de Cataluña Jerónimo Valdés. El nuevo comandante en jefe isabelino llegó a la capital del Principado el 16 de junio de 1839 y su primer trabajo consistió en enmendar la represión política practicada por su antecesor. En cuanto a las tareas militares, Valdés pronto se dio cuenta de que no disponía de bastante soldados –de los 23.000 a sus órdenes solo 8.000 estaban operativos–, que debía defender muchos lugares –11 fortalezas y 245 puntos fortificados– y que no tenía dinero. Como Valdés, gestor en su día del convenio Elliot, no era amigo de guerras totales, dictó algunas providencias de trámite y cifró en un acuerdo sus esperanzas de resolución del conflicto.

Durante los primeros contactos entre él y el embajador en París, marqués de Miraflores, éste puso en antecedentes al general de lo que proyectaba en colaboración con el cónsul en Perpiñán, Juan Hernández³⁷. Se trataba de un plan de pacificación análogo a la campaña de *Paz y Fueros* que Muñagorri había desplegado sin éxito en el Norte la segunda mitad de 1838. El encargado de la transacción en Cataluña era el joven marqués de Mataflorida, hijo del presidente de la regencia realista de Urgell durante el Trienio, que al igual que Muñagorri pensaba emplear como instrumento un falso partido político llamado *Unión Española*. La autorización del Gobierno llegó el julio de 1839, cuando Mataflorida llevaba cerca de un mes en Francia trabajando bajo la supervisión de Miraflores y de Valdés, quien cometió el error de comunicarlo a Espartero. El presidente del Consejo de Ministros francés, mariscal Soult, también se mostró favorable. Con estas promesas y 4.000 francos como todo equipaje, Mataflorida se encaminó a la frontera

³⁷ Santirso: «El convenio de Vergara...», pp. 1.076-1.081.

española a finales de agosto de 1839, pero de repente las autoridades francesas dejaron de ser amables. Recaló en Perpiñán el 9 de octubre de 1839 y allá esperó una respuesta de Valdés que, cuando llegó, fue que la maniobra le parecía inútil después del abrazo de Vergara.

El 31 de agosto de 1839 habían culminado cinco meses de negociaciones entre Espartero y Maroto, que tuvieron como resultado el célebre convenio. Una de sus consecuencias fue que los carlistas catalanes empezaron a recibir el refuerzo de combatientes del Norte no comprendidos en el acuerdo, que atravesaban Francia por centenares sin que nadie los viera. En parte por este auxilio tardío, en parte por el empecinamiento de la Junta de Berga, la población catalana sufrió entre octubre de 1839 y el abril de 1840 la fase más cruenta de la guerra.

Al círculo de Torradadella le estorbaba el conde de España, odiado por nuevas razones. Después de la derrota del Norte, Don Carlos les había concedido a él y a Cabrera plenos poderes, que Cabrera había usado para disolver la Junta de Aragón, así que la de Cataluña temió que el conde lo imitara. Por otra parte, después de los incendios preventivos de Olvan y Gironella –molinos y harina incluidos– y de la ejecución de un amigo de los *universitarios*, las maniobras del conde ya no provocaban terror, sino ira. Además, se rumoreaba que mantenía conversaciones de transacción. Como ya había hecho después de los fusilamientos de Estella, improvisó un contragolpe bélico para silenciar a sus oponentes y ganar tiempo. Se mostró muy activo durante la toma de Moià, efectuada el 9 de octubre de 1839 (ver *Mapa 5*) y de acuerdo con su estilo, puesto que la remató con el incendio, el degüello de 103 personas –entre ellas mujeres y niños– y el fusilamiento y posterior mutilación de 140 defensores. Presos del pánico, los habitantes de Castellterçol entregaron la villa a los carlistas al día siguiente, sin saber que el conde ya no perseguía victorias. Aunque el 11 de octubre declaró Àger en estado de bloqueo, el 23 se retiró a su cuartel general de Casserres, de donde no volvería a salir más que para ser depuesto y asesinado en Organyà el 2 de noviembre de 1839.

Mientras la Junta de Berga cesaba a los cargos y jefes militares próximos al conde, se producía una desertión masiva que dejó en la mitad los cerca de 13.000 soldados que tenía el ejército carlista del Principado en octubre de 1839. Como Valdés seguía limitándose al auxilio a Solsona, el cónsul Hernández y el general Seoane aprovecharon la desbandada de carlistas y la nula combatividad de su jefe, otra vez Segarra, para negociar un nuevo acuerdo, con el visto bueno del Gobierno. En una entrevista secreta en Bourg-Madame el 3 de diciembre de 1839 entre un agente secreto isabelino y un delegado de Segarra, se supo que los combatientes carlistas catalanes

se conformaban con un lugar en el ejército, como en el convenio de Vergara. A Valdés le pareció razonable, pero poco después presentó su renuncia a la Capitanía. Espartero impuso en su lugar a Antonio Van-Halen, el hombre que había negociado su afiliación al progresismo, y que no pretendía acabar la contienda en Cataluña, sino cumplir los designios del general en jefe. En cuanto llegó, a mediados de marzo de 1840, dio por liquidadas las negociaciones organizadas por Miraflores y Hernández, y entró en tratos con Segarra en sus propios términos.

Aun así, el hambre de honores del nuevo capitán general y el fanatismo de la Junta carlista provocarían un último y estúpido combate en la ruta hacia Solsona, en el que se contarían más víctimas que durante muchos meses de guerra. Se trata de la batalla de Peracamps, que tuvo lugar del 24 al 28 de abril de 1840, comprometió al grueso de los ejércitos isabelino y carlista de Cataluña y dejó las cosas como estaban. Se produjeron unas 2.200 bajas isabelinas, entre muertos y heridos, pero Van-Halen recibió el título de conde de Peracamps.

Llegó mayo y Segarra no salía de sus apuros. Se le ocurrió darse de baja por enfermedad el 8 de mayo y pasar el mando al *Llarg de Copons*, pero tres días más tarde el cabecilla se disparó un disparo accidental (?) en la cabeza mientras limpiaba su pistola. Urgía salir del trance, porque venía Cabrera que, desalojado de sus dominios por la ofensiva final isabelina, cruzó el Ebro con sus hombres la noche del 1 al 2 de junio de 1840. Segarra entregó a Brujó aquel mando que quemaba, e hizo bien, porque el *tigre del Maestrazgo* impuso enseguida su poder valiéndose del nombramiento como jefe de Cataluña emitido por don Carlos el 9 de enero anterior. Con el asesinato del conde de España como pretexto, encarceló a los miembros de la Junta, sometidos a un proceso judicial que jamás se cerraría. Espartero, mientras tanto, organizaba en Lleida al ejército gubernamental para la última campaña. El 4 de julio de 1840 tomó Berga tras breves combates y el 6 el ejército carlista pasó a Francia por Oceja. La guerra civil había terminado.

Algunas conclusiones y ciertas herencias

Como había ocurrido en 1822-1823 y en 1827, el absolutismo catalán prefirió en 1833-1840 la guerra de guerrillas casi químicamente pura. Acciones como la de Maials en 1834, y sobre todo la de Gra en 1837, ratiﬁcaron a sus líderes militares en la idea de que la guerra académica siempre les sería adversa. No les faltaba razón, por lo que mantendrían ese estilo de combate durante la revuelta de los *matiners* de 1846-1849 —cuando también

lo adoptaron algunos grupos liberales de izquierda o republicanos— y en la segunda guerra de 1872-1876, sin más excepciones que el desastre liberal de Alpens en 1873.

Igualmente, en el conflicto de los siete años quedó claro que la apuesta por la guerrilla proporcionaba al carlismo catalán una gran capacidad de resistencia —de resiliencia, se diría hoy—, pero al mismo tiempo le privaba de alcanzar objetivos de alguna entidad. Por definición, la guerra irregular carece de ellos y se limita al desgaste del enemigo, para lo que necesita explotar un territorio favorable, a menudo montañoso, y a sus gentes. Por sí sola no puede ganar una guerra, tan solo reforzar un impulso bélico ajeno o externo. Como se habrá comprobado en la narración anterior, los carlistas no rentabilizaron sus triunfos, ni en el momento de peor desempeño isabelino, en 1836, ni cuando dominaron un espacio propio, entre 1837 y 1840. Lo harían aún menos en el alzamiento de los *matiners*, en el que faltaron dirección política y dominio estable, y sucedería una vez más en la segunda guerra civil, cuando llegaron a tomarse plazas tan importantes como La Seu d'Urgell. Y después de eso, ¿qué tocaba hacer?; porque ni a tirios ni a troyanos se les ocurrió que Manresa, Reus o Barcelona abrieran sus puertas a los carlistas, que a su vez jamás tuvieron un plan de invasión y ocupación.

Se debe recalcar, a todo esto, que los carlistas catalanes necesitaron siempre, y más que en otras áreas, ayuda del exterior, sobre todo la que viniera de las cortes de los sucesivos pretendientes, las de *Carlos V* y *Carlos VII* en el dominio del Norte, la de *Carlos VI* en Francia y Gran Bretaña. Con todo, el apoyo principal residió siempre en la vecina Francia, y tanto por la apatía o la doblez de sus gobiernos como por la presencia de absolutistas en su administración o la oficiosidad de lo que ha dado en llamar la *Internacional blanca*. La *monarquía de julio* de Luis Felipe de Orléans siempre jugó a dos barajas, ya que al mismo tiempo que enviaba a la España isabelina los refuerzos de una Legión extranjera montada para la ocasión —y de escasísima utilidad—, permitía la casi libre circulación de combatientes carlistas por su territorio. El disimulo se repetiría durante la primera fase del conflicto de los *matiners*, pero cesaría —quién lo iba a decir— con el advenimiento de la II República, cuyos gobiernos se comportaron siempre como muy leales aliados de los presididos en España por el general Narváez. Por el contrario, la inestabilidad de la naciente III República francesa hasta 1875 y la permanencia en su administración de elementos legitimistas explican en muy buena medida que el carlismo español y catalán se hiciera con los recursos humanos y materiales necesarios para sostener la segunda guerra civil.

Quizá fue la extrema libertad inherente a la acción guerrillera lo que impidió que el carlismo catalán adquiriese un mayor grado de organización,

se sometiera a un liderazgo único y aceptase la primacía de la jefatura política, o bien la subordinara. En el teatro de Cataluña de la guerra de los siete años no surgieron ni un Zumalacárregui ni un Cabrera, y cuando éste regresó de muy mala gana al Principado en 1848, descubrió para su pesar que las cosas no habían cambiado y que, como se dice por allí, «*cada terra fa sa guerra*». Idéntica impresión iba a recibir el infante Alfonso Carlos de Borbón en 1872-1875, enfrentado sin provecho para ninguno de los dos al general Francisco Savalls, digno émulo de los Tristany, *Borgetes* y Castell. En resumen, tras leer las páginas anteriores, se habrá notado la contradicción que padeció la causa carlista en Cataluña entre su imperiosa necesidad de ayuda exterior, fuera en dinero, cuadro o refrendo político, y su permanente insubordinación a los comandantes y a las directrices militares que emanaban del núcleo político carlista. Es más, cuando el carlismo catalán contó con una dirección política identificable, como la Junta de Berga de 1837-1840, ésta se distinguió por su radicalismo e hizo causa común con unos cabecillas guerrilleros que solo obedecerían lo que les conviniera.

La crónica de los principales acontecimientos políticos en el bando isabelino también descubre de inmediato que las luchas en su seno impidieron sacar provecho de una superioridad numérica y armamentística no siempre suficiente. Ese beneficio solo se logró en épocas de mando único, claro, autoritario y bien conectado con las fuerzas vivas del país: la de Llauder en 1832-1835 y la de De Meer en 1837-1839, aunque hasta cierto punto también la de Mina en 1836, por más que adoleciera de un diseño erróneo y obtuviera resultados en consecuencia. En sentido contrario, la existencia de unidades armadas de carácter más político que militar, como la Milicia Urbana o la Guardia Nacional, se reveló como un lastre, cuando no un impedimento, para la acción militar. El problema resurgiría en la segunda guerra civil, cuando los Voluntarios de la Libertad y después de la República volvieron a distinguirse por su ineficacia bélica y su peligrosidad política.

No obstante, el conflicto de los *matiners* de 1846-1849 demuestra que la concentración del mando fue condición necesaria, pero no suficiente, para la victoria. Entonces no estorbó la Milicia, porque se había disuelto, hubo tropas en abundancia, y sin embargo los sucesivos capitanes generales del Principado (Manuel Pavía y Lacy, Manuel Gutiérrez de la Concha, de nuevo Pavía, Fernando Fernández de Córdova y de nuevo Concha) tardaron en dar con la tecla para extinguir un conflicto que a la postre se ganó gracias a la colaboración francesa y a la compra de algunos cabecillas mediante dinero en efectivo y puestos en el ejército, lo que en rigor saldó una deuda pendiente desde 1840.

De poco servía la ventaja en hombres y recursos sin un plan. Faltó en 1846-1849, como faltaría en 1872-1876, el diseño de una estrategia contra-insurgente, que sí había existido, y por triplicado, en la guerra civil de los siete años. Cada cual a su modo y con éxito variable, Llauder, Mina y De Meer habían pensado y después aplicado diferentes planes de guerra, todos ellos plenamente comparables con los que desarrollarían en las dos centurias siguientes en latitudes muy alejadas. Se suele decir que el único modo de acabar con la insurgencia o la guerrilla es «quitarle el agua al pez»; pues bien, empleando un símil pesquero, Llauder dispuso un palangre, Mina usó redes de cerco y De Meer construyó una almadraba. En el mismo sentido, todos se plantearon la victoria, y ninguno el exterminio.

Aún se puede aprender mucho al estudiar esos diseños, así como sus repercusiones económicas y políticas, si se les aplican criterios actuales. En cambio, no se esperen de esta ni de las demás guerras civiles españolas del siglo XIX –y del XX– innovaciones tecnológicas como las que produjo la guerra civil estadounidense de 1861-1865, y menos aún su aplicación posterior a usos no bélicos. A diferencia de muchas otras guerras europeas contemporáneas a ellas, las guerras carlistas ni siquiera sirvieron para impulsar la industrialización.

BIBLIOGRAFÍA

- Acords Reservats de la Junta de Berga, 1837-1839, Els.* Berga, Institut de Cultura de Berga-Diputació de Barcelona, 2005.
- AMARILLAS, marqués de las [Girón, Pedro Agustín]: *Recuerdos (1778-1837)*. Ed. de Pamplona, EUNSA, 1978-1981.
- ANGUERA, Pere: *Déu, Rei i fam. El primer carlisme a Catalunya*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.
- ASPIZÚA, Jorge; Cachinero, Jorge, y Jensen, Geoffrey: «La Historia militar: una carencia intelectual en España», en *Ayer*, n.º 10, 1993.
- AVIRANETA, Eugenio de, y BERTRÁN SOLER, Tomás: *Mina y los proscritos*. Argel, Imp. de la Colonia, 1836.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1992.
- CLARENC, Veronique: «Toulouse, capitale du carlisme catalan (1830-1840)», en *Annales du Midi*, t. 105, n.º 202, abril-junio de 1993.
- CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*. Ed. de Madrid, La Esfera de los Libros, con traducción de Fortea Gil, Carlos.
- CHAO, Eduardo: *La guerra de Cataluña. Historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales: redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos*, Madrid, Imp. y Est. de Grabado de D. Baltasar González, 1847.
- CHUST, Manuel: *Ciudadanos en armas. La Milicia nacional en el País Valenciano (1834-1840)*. Valencia, Alfons el Magnànim, 1987.
- DÍEZ IMBRECHTS, José: *Documentos justificativos del cumplimiento a las órdenes del Gobierno, por el Intendente don José Díez Imbrechts bajo el mando militar de Cataluña del E. S. Barón De Meer*. Palma de Mallorca, Imp. Nacional a cargo de D. Juan Guasp y Pascual, 1839.
- IZQUIERDO GENOVÉS, Xavi: «El carlismo y el absolutismo italiano», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2018, <https://www.tdx.cat/handle/10803/665945>.
- LICHNOWSKY, Félix: *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*. Ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1942.
- LÓPEZ, Esteve y PERUGA, Joan: «Andorra i la primera guerra carlina», en *L'Avenç*, n.º 151, septiembre de 1991.
- LLAUDER, Manuel: *Memorias documentadas del teniente general don Manuel Llauder, Marqués del Valle de Ribas, en las que se aclaran sucesos importantes de la historia contemporánea en que ha tenido parte su autor*. Madrid, Imp. de D. Ignacio Boix, 1844.

- Manifiesto a las Diputaciones Provinciales de Cataluña por los comisionados de las Juntas Superiores de Armamento de Barcelona, Tarragona y Gerona nombrados para acompañar al E. S. Capitán General y que siguieron el Cuartel General...* Barcelona, Imp. de Gaspar, 1837.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Milicia Nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño 1808-1874*. Madrid, CSIC, 1978.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, III vols. Ed. de Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891 [3ª].
- PORCH, Douglas: *Counterinsurgency. Exposing the Myths of the New Way of War*. Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- POSADA MOREIRAS, Francisco Javier: «La guerra de los Siete Años (1833-1840): una historia militar», tesis doctoral, Universidad CEU San Pablo, 2021.
- RAHDEN, Wilhelm von: *Andanzas de un veterano en la guerra de España (1833-1840)*. Ed. de Pamplona, Institución Príncipe de Viana-Diputación Foral de Navarra, 1965.
- RICE, Edward: *Wars in the Third Kind. Conflict in Underdeveloped Countries*. Berkeley, University of California Press, 1990.
- RUBIO RUIZ, Daniel: «Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte», en Solé Sabaté, Josep Maria (dir.): *El carlisme com a conflicte*. Barcelona, Columna, 1993.
- SAGARRA I DE SÍSCAR, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya (contribució al seu estudi). El comte d'Espanya i la Junta de Berga*. Barcelona, Barcino, 1935.
- SANTIRSO, Manuel: «Después de Tański. Historiografía de la guerra civil de los siete años», en Tański, Joseph: *El informe Tański y la guerra civil carlista de 1833-1840*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.
- : «El convenio de Vergara y otras paces descartadas, 1837-1840», en *Hispania*, vol. LV/3, n. 191, 1995.
- : «Los últimos corregidores y alcaldes mayores de Cataluña, 1823-1836», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 42, 2020, <http://dx.doi.org/10.5209/chco.71899>.
- : *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya, 1833-1840*. Lleida, Pagès, 1999.
- SAUCH CRUZ, Núria: *Guerrillers i bàndols civils entre l'Ebre i el Maestrat: la formació d'un país carlista (1808-1844)*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón: «Los escenarios bélicos. Las guerras carlistas», en Artola, Miguel (coord.): *Historia militar de España. IV Edad Contemporánea. I Siglo XIX*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.
- : «Los sitios de Bilbao», en *Estudios históricos*, núm. III, 1994.
- VALLVERDÚ I MARTÍ, Robert: *La Milícia nacional de Reus en els orígens de la Catalunya isabelina*. Tarragona, Diputació de Tarragona, 1986.
- VINAIXA MIRÓ, Joan Ramon: *Tortosa en la guerra dels Set Anys (1833-1840)*. Valls, Cossetània, 2006.